

ca, Totana, Caravaca, Cehegín, Bullas, Moratalla, Calasparra y Cieza, y Hellín, Tobarra, Chinchilla y Albacete, por lo que hace á la de este nombre.

Comprendiendo además íntegro el territorio de la provincia de Alicante, con alguna parte del de la actual Valencia, los contestanos tenían por suyo en la región que estudiamos, la porción de costa de la provincia de Murcia que comenzando en el *Cabo Tiñoso* termina en San Pedro del Pinatar y, lindando con los deitanos desde el referido *Cabo Tiñoso* al O. hasta Alpera, partía límites con los celtiberos, resultando por consiguiente dentro de su jurisdicción Cartagena, la huerta de Murcia, Librilla, Alcantarilla, Molina, Lorquí, Archena, Fortuna, Jumilla y Yecla, en la provincia murciana y Montealegre y Almansa, Caudete y Alpera en la de Albacete (1).

Tal era en la región mastiana la situación aproximadamente de las diversas tribus, que en ella y dentro del país tartesio, como principales se contaban, cuando «diez y seis siglos antes de la venida del Redentor del mundo», aparecían por vez primera en las costas de España los fenicios. Señores un tiempo del Egipto, que gobiernan por espacio de algunas centurias los cananeos con el nombre de *reyes hiksos* ó pastores (2398 antes de Ch.), véanse al postre rechazados y arrojados de las fértiles comarcas de Missraín por la espada de Tiaken y los gloriosos triunfos de Ahmés I, acrecentando así el caudal de su cultura propia con las enseñanzas por ellos adquiridas durante su larga permanencia en aquel suelo feraz y privilegiado, y no desdeñadas por cierto las influencias que, como más adelantada y rica, hubo sobre ellos de ejercer la cultura del pueblo egipcio. Sometidos más tarde á la tolerante y llevadera dominación de los faraones de la XVIII.^a dinastía; arrebatada á su dominio por las victorias

(1) D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA, *Deitania y su cátedra episcopal de Begasri*, publicada en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, t. VI; carta cuya parte geográfica corresponde al Sr. Coello.

de Josué la codiciada tierra de Canaán que gergeseos y jebuseos poseían,—de Sidón, aquella ciudad tan notable como célebre que, por lo considerable de su población, por lo excesivo de sus riquezas y por sus relaciones y tratos amistosos en lejanos países, ejerció verdadera hegemonía sobre todas las ciudades sus hermanas,—ya obligadas por el carácter emprendedor y aventurero de los naturales, ya por sus mismas tradiciones marítimas ó por lo estrecho y limitado del territorio que en pos de las conquistas de egipcios y de hebreos ocupaban en el Asia, partían aquella serie de expediciones que recorriendo el litoral de Siria y Asia Menor, el mar de Mármara y el Negro en un sentido y en el opuesto las orillas del Mediterráneo hasta el Egipto, las de África hasta la Cirenaica y las costas meridionales de Europa, establecieron en ellas factorías y aun colonias, en cuyo número se contaban las de Leptis, Cambé é Hippona en las marinas africanas.

Siglos después, cuando Tiro, la antigua metrópoli religiosa, se erige por la caída de Sidón en cabeza de la confederación fenicia, y prosiguiendo la empresa colonizadora de los sidonios, arriba á las costas occidentales del África,—no sólo restaura las colonias de Leptis, Cambé é Hippona, sino que fundando otras nuevas, sigue las orillas de la Libia, cruza el Estrecho de Gibraltar y establece en el litoral de España ya explorado por los sidonios, las colonias de *Erythia* y *Gadir*, fuente y origen de las que en breve habían de esmaltar los contornos y parte del interior de la Península, apoderándose al fin de la hermosa y rica Tartésida «por la negligencia de sus alegres é incautos moradores.» «Feracísimos los españoles valles mastianos,—dice el escritor á quien con mayor interés consultamos,—ricas en metales sus sierras, vario el clima y propicio á todos los frutos, así del septentrión como de la abrasada zona; y brindando las desnudas colinas arenosas con una téxtil hierba, del mayor valor para la industria, avivóse la codicia de alongadas naciones, que se arrojaron á fundar allí emporios y ciudades.» «Allí,—prosigue,—una

nueva *Ílici*, hoy Elche, recordaba con sus floridas palmas las de Élice idumea; *Gádor* y *Acci* (Guadix), y *Asena* (Jijona?) traían á la imaginación pueblos en tierra de Canaán; *Abdera*, *Sexi*, *Málaga* y *Suel* (1), irguiéronse emporios fenicios; *Serón* y *Selambina* (Salobreña), no podrían menos de reputarse fundaciones siriacas; *Isso* de la gente de Cilicia; *Ulisi* (la alpujarreña Ujijar) cubrió los muros de su templo dedicado á Minerva con escudos y proas que se decían reliquias y votos de las peregrinaciones de Ulises; dos *Áspis* y *Asso* tuvieron ciudades hermanas en el Asia Menor» (2), «sin que monumento alguno arquitectónico, ni epigráfico por ellos (los fenicios) ideado, conserve el recuerdo de aquel pueblo célebre, que civilizó todas las naciones del mundo antiguo, ribereñas del Mediterráneo, excepto el Egipto» (3).

Sólo de dos de las poblaciones establecidas por los fenicios en la región mastiana, ha sobrevivido á través de los tiempos la memoria: *Ílici*, con sus bosques de palmeras y el oriental aspecto primitivo, en la antigua zona de los contestanos; y *Asso*, revelada por la epigrafía, en las escabrosidades del país que llevó nombre de Deitania. Aquellos infatigables colonizadores que explotaron los ricos veneros minerales del territorio mastiano y que abrieron á no dudar en el litoral de la provincia de Murcia factorías indispensables para el tráfico, fundando á la vez establecimientos interiores, no han dejado, es cierto, en pos de sí otras huellas que los recuerden en nuestros días; pero no por ello habremos de concluir que, cuando las naves de rhodios y de samios casi al propio tiempo y por distintas causas recorrían los términos septentrionales de Iberia y los meridionales de Hispania, fueran *Asso* é *Ílici* las únicas representaciones del dominio y

(1) «Adra.—La Herradura, puerto en la boca del río Jate (pronunciación árabe de *سُخِي* SEXI), hacia el occidente de Almuñécar—Málaga.—Y el Campillo de Val-de-Suel, al ocase de Fuengirola».

(2) «Aspe y la Loma de las Pasas (entre Yecla y Pinoso).—Las Cuevas al sur de Caravaca». (FERNÁNDEZ-GUERRA (A.), *Discur. cit.*, págs. 133 y 134).

(3) BERLANGA, *Los bronce de Lasculata*, etc., pág. 295.

del señorío ejercido por los fenicios en la región que hoy se dividen especialmente las provincias de Albacete y Murcia, punto en el cual comenzaba ya á ser más compacta y apiñada la colonización tyria (1).

La fama de las riquezas de la Península, llevada á Grecia por los bajeles samios que arribaban por accidente á Tarteso hacia el año 660 antes de Jesucristo, determinaba á los habitantes de Zacinto á dirigirse á las costas de la Edetania, donde levantaban los muros de Sagunto; y el espíritu colonizador de los phoceos, les conducía poco después desde el Asia Menor á las Galias fundando á *Massalia* en la región vecina á la Liguria, para absorber en breve las poblaciones helénicas de Iberia, como Rhodas y Sagunto, levantar á Empóron en el país de los indigetes antes de dominar la citada colonia zacynthia, establecer cerca de ésta á Hemeroscopio, y alzar en el promontorio inmediato «un templo consagrado á Diana de Epheso, á la que dábese allí especial culto como en Emporia, en Rhodas y en Massalia» (2). Bajando después hacia el mediodía, labraban los massaliotas «su más occidental colonia sobre los peñascos é islotes de Almuñécar, donde sin duda alguna fué la no bien estudiada ni reducida *Maénace*» (*Μαινάκη*), y extendiéndose por la región mastiana, explotada de iberos y fenicios, en ella moradores, establecían, entre otras poblaciones ignoradas, á *Argos*, no lejos de la actual y africana Cehegín, y á *Lacedemonia*, hoy castillo de *Luchena* ó de Puentes, en la junta de ambos ríos, Luchena y Guadalentín, al NO. de Lorca, ambas ciudades murcianas del

(1) BERLANGA, *Op. cit.*, pág. 318.

(2) ID., *id.*, *id.* «La última de las tres poblaciones de origen massaliota, situadas entre la desembocadura del Suero y Carthago nova, á corta distancia de aquel río,—dice Berlanga,—no está expresamente designada por los geógrafos, si bien Strabon señala, como existiendo en las inmediaciones de Sagunto, á *Χερρόνησός*, nombre helénico que vierten los latinos por *Cherronesus*», añadiendo en la nota: «por otra parte, no sé si afirmar que el *Καρταλίαις*, que nombra el citado Strabón después de *Χερρόνησός* en las cercanías de Sagunto, sea una corrupción del *Κασταλίαις*, de que más adelante se ocupa el mismo Strabon, 9, 3, 3» (*loco cit.*).

país deitano; á *Elis* ó *Ello*, el *Cerro de los Santos*, término de Montealegre y provincia de Albacete, y á *Alo* ó *Alonis*, quizás Villajoyosa é islote de Benidorm (Alicante) en la Contestania (1).

No como de *Argos* «cuyas ruinas y las del inmediato cabezo de la Muela proclaman la grandeza y valor de la ciudad antigua»; ni como de *Ello*, una de las tres colonias phocenses citadas por Strabón entre Cartagena y el Júcar, «hemeroscopios (*ἡμεροσκοπεῖα*), ú si quier, observatorios astronómicos diurnos, labrados para atalayar tierras y mares é imbuir á jóvenes listos en la ciencia del hierofanta», y cuya extensión é importancia patentizan «innúmeros rastros de edificios por espacio de dos kilómetros hasta el *Monte Arabí*, colocado al mediodía del *Cerro de los Santos*,—se conservan por desdicha vestigios de todas aquellas fundaciones y establecimientos massalios que compartieron con la gente íbera y los colonos tyrios el suelo desigual y tan accidentado de las provincias de Albacete y Murcia, borrada toda huella en las invasiones posteriores, y aun las de aquella famosa heráclea vía tan ponderada de Aristóteles que arrancaba del hercúleo templo gaditano y tocando en *Ello* era «muy vigilada y segura, por cuenta de los habitantes de cada región que atravesaba, los cuales con su persona y bienes respondían de todo agravio ú daño causado á los caminantes, ya indígenas, ya griegos» (2) que por ella frecuentemente discurrían.

«Pueblos de tan diverso origen, lengua, religión y costumbres—escribe con su habitual galanura el escritor contemporáneo á quien más de cerca seguimos,—habían de vivir, como vivían, malavenidos á toda hora, y cada cual buscando sombra y apoyo en el más audaz y fuerte de su raza.» «Por su daño—prosigue—servían así de lamentable juguete á la seducción é infernal astucia de naciones extrañas, codiciosas de levantarse

(1) FERNÁNDEZ-GUERRA (A.), *Dic. cit.*, págs. 134, 129 y 126.

(2) *Id.*, *id.*, págs. 125 y 126, citando las *Narraciones maravillosas* atribuidas al Filósofo.

con lo ajeno, y de crecer á costa de la ajena imprudencia y necedad.» «El voluble huésped jonio—continúa—aliábase ya con el fenicio, ya con el ibero y celta, mientras necesitaba del uno contra el otro; y encareciendo, falaz, el amor al trabajo, y aparentando entre los mastianos vivo celo por beneficiar minas y bosques y por engrandecer el comercio y la industria, hizo secreta religión de la iniquidad y la perfidia, y soñó poder un día subyugar todas las naciones de la tierra, uniendo en estrecho y oculto lazo el Oriente y el Occidente.» «Para ello—apunta—su adelgazada y astuta previsión cuidó de que el numen y oráculo de Éfeso, la tergémina Diana, dispusiese de un eco fiel cerca de la margen del Ródano y en el hemeroscopio de Denia; que Juno, la de Argos, tuviese otro en otra Argos española; y que aquel dios, perpetuamente hermoso y joven, dueño de matadoras flechas, á quien cercan las Musas y á quien su triple dominio en cielo, tierra é infierno, valía el nombre de Sol, Líbero padre y Apolo, acatadísimo en Delphos, anunciase lo futuro en los recién labrados alcázares de Marsella» y de la ciudad *Elo-tana* de la provincia de Albacete.

«Crecía pujante, á la sazón, orillas del Tíber—observa—una desasogada ciudad, también de procedencia asiática.» «Sorprende ó adivina la política de los griegos, y fingiendo coadyuvar á su logro sin recelo alguno, decidese hábil y constante á que, al fin, redunde en su solo y exclusivo provecho.» «Facítilo haciendo que los marselleses le envíen y coloquen en el monte Aventino el simulacro de la deidad efesia, y ganándose los por amigos y á las colonias griegas orientales de España.»

«Surgió, pues, tan luego como desbarataron los persas la marítima confederación jónica oriental, otra en Occidente, no menos brava y guerrera, con floridísimos emporios desde el Ródano al humilde Jate, en la costa de Granada, bien amparados por las griegas colonias dóricas, jónicas y aqueas de Italia inferior y Sicilia (530 *a. Ch.*).» «Cartago, la africana, cuyos rostros bajeles, más de dos siglos antes, disputaron en fiera ba-

talla á las naves largas de Focea el imperio del mar (769 *a. Ch.*), arde en mayores celos, teme, no vive, no sosiega.» «Aliéntale haber poblado y fortificado á tiempo la isla de Ibiza (786), y sale ahora al encuentro de las naos de Marsella, pero tiene que ceder á su empuje (509).» «Busca alternativamente la alianza de Roma y de los persas (484) y de los egipcios (410), para destruir la fatal confederación.» «Ninguno de los coligados quiere que prevalezca el otro, sino ganarle por la mano.» «Sicilia es el palenque de lucha tan acerba, y luego España.» «Irreconciliables nuestras colonias eritreas y focenses, desvélanse por hacer de su partido á tartesios é iberos; y llega un día en que las fenicias imploran el socorro de Cartago, y las griegas el de Roma (238-227)» (1).

Fué así, con efecto, cómo aquella ambiciosa república africana que en Alalia había derrotado á los focenses sembrando en pos el espanto y la ruina por sus colonias del litoral de España, lograba asentar su planta en la Península; y cómo iberos y tartesios, creyendo, seducidos por la perfidia helénica sin duda, recobrar la independencia, forjaban incautos para sí propios las duras cadenas de la esclavitud á que en breve los sometía Cartago. Señora y dueño de las colonias tyrias á levante y mediodía, satisfecha por el pronto con el dominio de las costas, explota á expensas de los naturales y de esclavos lybio-fenices los establecimientos mineros; y anhelando sojuzgar las regiones tartesiacas, no vacila en trasplantar á ellas colonias enteras desde el África, las cuales daban origen á los pueblos bástulo-poenos, reclutando á más con frecuencia sus soldados en las tribus y principados iberos, para llevarlos una y otra vez á combatir en Sicilia, donde conseguía distinguirse por su bravura y bizarría la división hispana el año 407 antes de Cristo (2). El

(1) FERNÁNDEZ-GUERRA (A.), *Disc. cit.*, págs. 135 y 136.

(2) DIODORO SÍCULO, 13, 62, cit. por Berlanga (*Op. mem.*, págs. 323 y 324). Según el mismo Diodoro (15, 70), Dionisio de Siracusa mantuvo también tropas mercenarias hispanas á su servicio.

éxito tan inesperado como desastroso para Cartago de la primera guerra púnica; la triste penuria del agotado erario cartaginés, al cual no fué hacedero satisfacer la justísima demanda de las mercenarias huestes, en su mayor número compuestas de españoles, y la sangrienta guerra promovida por ellas con tal motivo en territorio africano, guerra de la que al postre lograba triunfar la mercantil república,—causas eran en verdad suficientes para que, investido con la suprema jefatura de las tropas y aleccionado ya por dolorosa experiencia, comprendiendo la urgencia y la precisión de constituir nuevos ejércitos y de atender con absoluta independencia del Senado á sus necesidades,— en expectativa de nueva y más formal lucha con la triunfante Roma, volviese Hamílcar los ojos lleno de esperanzas á la Península, como el único lugar donde habría de hallar seguramente los apetecidos recursos.

Á ella, abrigando inextinguible odio á los romanos, pasaba pues seguido de sus hijos (237 *a. Ch.*); y aunque no sin resistencia y esfuerzo, sometía al dominio de Cartago muy extensas comarcas, empresa favorecida por el fraccionamiento receloso de los naturales, y á la cual parecía poner desventurado término á deshora la muerte que recibía en las regiones ibéricas aquel caudillo nueve años adelante (226). Para fortuna de Cartago, allí estaba, adextrado en la guerra, hábil y prudente Hasdrúbal, en quien primero la aclamación de las tropas y luego el Senado reconocían el heredero legítimo de Hamílcar; su primer anhelo fué el de vengar la muerte del gran general cartaginés; y logrado su objeto, asegurar las conquistas realizadas, á despecho de la perfidia helénica que no cesaba de suscitar dificultades y enemigos á Cartago en la Península, consolidando experto el imperio soñado por Hamílcar y recogiendo feliz el fruto de los maduros planes de su suegro. Convertidas quedaban en provincias cartaginesas las regiones más fértiles y bellas de la España por oriente y mediodía; edificadas también en ellas no pocas ciudades, que acreditaban los intentos del caudillo, con extraña

sorpresa de la burlada Roma, y que mantenían en perpetua vigilancia el país conquistado; pero sobre todas ellas, destinada á levantarse cual metrópoli y cabeza de los dominios cartagineses en la Península, asegurando la sumisión de los inquietos masticianos, facilitando las comunicaciones no sólo con la africana ciudad regida por los Hannonidas sino con las comarcas ultramarinas otro tiempo esclavas de Cartago, favoreciendo la explotación de los ricos minerales de su sierra (1) y la exportación de los frutos producidos por la floreciente agricultura, vigilando activa las colonias focenses, declaradas é irreconciliables enemigas del nombre cartaginés,—como centro y emporio, como arsenal y depósito copiosísimo de riquezas incontables para los conquistadores, levantaba Hasdrúbal tres años adelante (223 *antes Ch.*), quizás sobre antigua población (2) los muros de la famosa *Carthago Nova*, escogiendo para ello natural y privilegiado puerto que formaban, avanzando hacia el mar por la una y la otra parte, las eruptivas formaciones plutónicas por las cuales se mira aquel gallardamente resguardado.

Harto decían á Roma y á sus aliadas las colonias focenses, cuáles eran los intentos que los generales de Cartago abrigan con relación á España, y harto patente era para la república italiota el fin que perseguían con aquella serie de fundacio-

(1) Según Mommsen, un siglo después, las minas de plata descubiertas y explotadas en las inmediaciones de la nueva Carthago, producían todavía más de treinta y seis millones de sextercios al año, ó lo que es lo mismo, cerca de nueve millones de pesetas (*Hist. de Roma*, lib. III, cap. IV).

(2) Á creer lo que indica Silio Itálico (Lib. XV), existía allí una población fundada por Teucro:

Urbs colitur Teucro quondam fundata vetusto
Nomen Carthago, Tyrios tenet incola muros.
Ut Libyae suae: sic terris memorabile Iberis
Haec caput est....

Justino, abreviador de las *Historias* de Trogo Pompeyo, habíalo ya antes manifestado, diciendo, al hablar del origen de las poblaciones españolas: «..... Siquidem post finem Troiani belli, Teucrum... Hispaniae litoribus appulsum, loca, ubi nunc est Carthago Nova, occupasse...» (XLIV, 3).

nes y principalmente con la muy significativa de Carthago Nova en la desasosegada región mastiana, ya explotada de fenicios y de griegos: semejantes progresos, determinaban por último á los romanos para intervenir sin riesgo y con ventaja, fingiendo velar por los intereses de sus aliados, y provocando altivos la celebración de un tratado, por el cual quedaba designado el Ebro como límite de la dominación cartaginesa en la Península, y Sagunto como ciudad libre en medio de las posesiones púnicas. Ocho años de prosperidad no desmentida gozó España bajo el gobierno de Hasdrúbal, á pesar de la guerra que sin cesar le hicieron los independientes españoles, mal dispuestos siempre á tolerar por fuerza el yugo extranjero; ocho años, durante los cuales no cesó el tesoro de la avara Cartago de enriquecerse con las rendiciones españolas; ocho años, ejercitándose activas las tropas cartaginesas, compuestas de númidas, de lybios y de hispanos, sin sacrificio alguno ni exacción para la metrópoli africana, y preparándose para cumplir la aspiración constante y los votos de sus jefes, de llevar asoladora y cruenta la guerra al seno de sus antiguos vencedores los romanos. La muerte del caudillo que tantas maravillas había conseguido en pos de Hamílcar (220 *a. Ch.*), cambiando la faz de los sucesos, iba por fin á realizar las esperanzas, tanto tiempo acariciadas, poniendo en manos del vengador Hanníbal el medio apetecido.

En balde el Senado cartaginés trata de oponerse: arrastrado por los acontecimientos y la voluntad indomable del joven capitán que los dirige, contempla con asombro primero y no sin íntimo regocijo después la destrucción de aquella avanzada colonia zacynthia que, considerándose impune bajo la protección y salvaguardia de Roma, da pretexto al hijo de Hamílcar para aprovechar las circunstancias y hacer la guerra á sus odiados rivales en su propio territorio. Afluyen á Carthago Nova de todas partes gentes y recursos: hábil y diestro Hanníbal, no oculta ya lo secreto de sus ansias; y atrayéndose la voluntad de los hispanos que militaban en su ejército, al concederles licencia

para regresar á sus hogares antes de dar comienzo la soñada campaña, como se había ganado la de los pueblos sometidos al dominio cartaginés admitiendo por esposa á Imilca, nacida en la «parnasia Cástulo,» — se dispone en la primavera del año 218 antes de Cristo, á emprender á través de la costa el camino que debe conducirle al triunfo, aniquilando á Roma. Nada importa para él que las sugerencias de los helenos, que los indigetes y los laletanos le hagan retroceder desde las marinas de Cataluña hasta el Ebro; que los celtiberos abandonen las filas del ejército que guía, y que los calpianos ó carpesios se rebelen: todo cede ante la resolución y la energía de aquel genio, y una vez asegurada la defensa del territorio africano y la del de la Península, sólo le importa doblar el Pirineo, donde los galos le reciben y saludan como á salvador y amigo.

De aquel ejército numeroso con que había salido Hanníbal de Carthago Nova, en el que formaban 90,000 peones y 12,000 caballos con treinta elefantes, y cuyo contingente era español en su tercera parte por lo menos, únicamente llegaban á las Galias 50,000 de los primeros y 9,000 de los segundos: con ellos sin embargo cruza el Rhódano, con ellos pasa los Alpes, y con ellos, aunque harto diezmados ya por las luchas que sostiene, por las enfermedades y los obstáculos del camino, triunfa del Cónsul Publio Cornelio Escipión en el Tessino, de Tiberio Sempronio en Trebia, de Cayo Flaminio y Gneo Servilio en Trasi-meno; y dueño de la Italia, estremecida y llena de sorpresa, destruye á Paulo y á Varrón venciendo en Cannas. Pero Roma, que había mandado á España no sin censurable lentitud á Publio Cornelio Escipión cuando Hanníbal todavía no era llegado al Ebro; que aún amedrentada por la audacia del caudillo cartaginés no se sentía vencida, y que comprendía con admirable instinto ser la Península con sus riquezas y sus gentes el único sostén de la aborrecida Cartago, — en pos de los primeros desastres que experimentan las formidables legiones, no cumplidas sus órdenes primeras por Escipión, tiene aliento sobrado para llevar la guerra

á las regiones españolas, y repuesto de su herida en el Tessino, el Cónsul Publio Cornelio, acompañado de su hermano Gneo, desembarca en la massaliota Ampurias, donde arrogándose el papel de vengador de Sagunto y defensor de los helenos aliados, da principio á la lucha que tan tristes consecuencias tuvo para Hanníbal y la república africana.

Vencedores de Hannón y de Hasdrúbal Barcino, si más de ciento veinte pueblos iberos y celtiberos juran amistad á Roma; si triunfando de Indíbilis y de Mandonio sofocan las primeras explosiones de estéril independendia que encabezan los inquietos ilergetes; si arrancan la reedificada Sagunto de manos de los cartagineses, precisamente cuando en Cannas eran destrozadas por Hanníbal las legiones de Varrón y de Paulo; si pasean arrogantes la Bética y si logran encender la hoguera de la discordia entre los auxiliares de Cartago en la misma África,—no por ello todavía está destruído el poderío de la república rival, ni ha conseguido Roma agotar los recursos de que aquella dispone; y la lucha, no interrumpida, se recrudece más amenazadora y terrible en las comarcas españolas, sangriento teatro de las postreras glorias púnicas. En medio del desconcierto del combate, de la guerra que ha invadido cruenta las zonas inmediatas, aún la región mastiana, de poblados valles y de ricas minas, no ha presenciado para fortuna suya los horrores del duelo á muerte que en España tienen entablado Cartago y Roma; y sus ciudades, afanosas é intranquilas, de tan distinto origen, las unas aliadas y secuaces de la república italiana, las otras sirviendo á ésta de dóciles espías como *Ello*, con su famoso hemeroscopio, y las restantes ó sometidas por el terror á Cartago ó aliadas suyas, vigiladas de cerca por la engrandecida fundación del sucesor de Hamílcar, esperan el momento en que el éxito decida al postre de su suerte.

No podía en verdad tardarse mucho tiempo sin que vieran turbada la paz de sus hogares por el temido espectro: en la Bastetania, «entre las ásperas sierras del Segura, hallábase una

muy renombrada: quizá el Calar del Mundo, donde existe grande y famosa cueva, que ruje y da bramidos espantables (óyense á diez leguas de distancia) cuando se desencadena cierto viento.» «Esa ú otra de las próximas cumbres se decía *Monte de la Victoria* el año 214, antes de la era vulgar, cuando acampó allí Gneo Cornelio Escipión, adalid, con su hermano Publio, de la romana hueste.» «La del cartaginés Hasdrúbal, hijo de Hamílcar y hermano de Hanníbal, se le opuso al lado allá del río, prontas á venir á las manos.» «Publio hizo una salida para infundir ánimos en los pueblos que seguían su partido; y aprovechándose de ello los cartagineses, cayeron sobre la bastetana *Bigorra* (Bogarrra-Albacete), aliada fiel de Roma; pero luego apresuradamente supo librarla Gneo Escipión ahuyentando á los sitiadores.» «Toman éstos la dirección de la marina, y á largas jornadas llegan y asedian á la deitana *Munda* (Mundos, NO. de Huércal-Overa-Almería), secuaz de los romanos.» «Socórrenla sus amigos, empéñase furibunda batalla, vence el águila del Tíber; mas deja de apresar como pudo el real cartaginés, porque herido malamente Gneo Escipión de una lanzada en la pierna, los cabos tocan á recoger, imaginando que su capitán se les moría.»

«Ya fué necesario al indómito Hasdrúbal tomar la vuelta de su castillo de *Auringi* (*Aurgi*, Jaén), frontera de los Mastianos con la Turdetania, que para hostilizar desde allí á los pueblos mediterráneos había pertrechado bravamente.»

«Gneo Escipión, conducido en unas andas, le persigue; y por entonces se alejó de la Deitania el furor de la guerra.»

«Dos años después volvieron á infestar el confín deitano los ejércitos de Cartago y de Roma.» «Hábiles ambos Escipiones, habían sabido atraer á su yugo lo más de la *Tartésida*, y alargar al enemigo hasta Sevilla y Cádiz, prometiéndose acabar ya en breve plazo con la guerra de España.» «Publio pasó el invierno de 213 en *Cástulo* (Cazlona), sobre la orilla derecha del Guadalimar; y Gneo en *Orso* (cañada y cúspide del Oso, en el valle

donde brota el Guadalquivir): reteniendo estratégicamente aquel general en su mano la llave de la *Bética*, dueño de la vía Heráclea de Cádiz á Francia; y apoderado éste de la que iba de *Cástulo* derecha á Cartagena, por los Oretanos, Bastetanos, Deitanos y Contestanos.» «Aprovecharon, en fin, entrambos Escipiones los meses de las nieves y lluvias al logro de despertar á las armas un grueso cuerpo de celtiberos, que Tito Livio supone, con exageración notoria, de 20,000 hombres.» «Se creyeron así bastante poderosos para abarcar á un tiempo la guerra de las dos Españas; es decir, la de la Ulterior, en Turdetania, y la de la Citerior, en Bastetania, Deitania y Contestania, donde resplandecía la ciudad de Cartagena, obra del padre de Hanníbal y de Hasdrúbal, firme base de operaciones del Cartaginés, corte suya española, almacén y tesoro de sus ejércitos, y depósito de cuantos rehenes había tomado en la Península.»

«Cartago, mientras tanto, desembarazada de la guerra que, en su propia casa y á instigación de los romanos, le movió Sifax, rey de los masesilios ó númidas occidentales, había mandado á España tres bravos adalides, con tres razonables ejércitos y diez elefantes cada uno.» «Dos de los ejércitos invernaron á cinco días de camino de Publio Cornelio Escipión, hacia Granada, quizá, en la Turdetania, constante é implacable enemiga de Roma; y el tercero, en los Bastetanos, comandado por Hasdrúbal, hijo de Hamílcar, algo más cerca de Gneo Escipión, junto á la ciudad de *Amtorgi*, por aventura, al S. de Vélez-Rubio» (Almería).

«En llegando la primavera celebraron consejo los dos Escipiones con los cabos principales; y fué unánime parecer que Gneo con la tercera parte del ejército viejo y los 20,000 celtiberos embistiese y deshiciese primero al veterano Hasdrúbal; y Publio, conservando las otras dos partes, y juntando las tropas de los pueblos aliados y amigos de Roma, cuidase de tener á raya á las dos huestes enemigas y juntas, para que no pudieran ni intentáran reunirse con la tercera, ni retraerse á las guájaras

y fragosidades, y prolongar la lucha tan pronto como llegára á ser vencido el hijo de Hamílcar.»

«De *Orso* arranca Gneo en busca de Hasdrúbal, yendo delante los celtiberos; da vista á la ciudad de *Amtorgi* y al campamento africano, y quedando el río por medio, asienta animoso los reales.» «Dura el cerco; y Hasdrúbal acude á los españoles, de que ambos campos estaban llenos, para ofrecer á los celtiberos mayor soldada de la que recibían de Escipión, si le abandonan, y se deciden á cobrarla sin el riesgo y fatiga incesante de la milicia, quietos y descansados en el pátrio hogar entre sus mujeres é hijos.»

«Iban aquí madurando las secretas y seductoras pláticas, á tiempo que hacia el otro y muy apartado campamento romano de *Cástulo*, se adelantaba contra Publio Cornelio Escipión nuevo y mayor enemigo.» «Era el gallardo Masinisa, rey de los númeritas, recién venido de África, mancebo de arrojo y valentía, propias de sus lozanos abuelos.» «Acaudillando á sus jinetes, ligeros en arremolinarse como el viento, no da paz á la espuela, y ya cae sobre la turba romana que sale del baluarte á forrajear ó cortar leña, ya embiste las puertas del real en cuanto se abren, ya ni de día ni de noche consiente á su adversario punto de reposo.» «Vuela á deshora la noticia de haber de llegar de un instante á otro Indíbilis, príncipe de los ilergetes (los aragoneses de Huesca, Lérida y Fraga), en socorro de los penos; y Escipión, á quien no se ocultaba el deber urgente de combatir á un auxiliar que viene de refuerzo al enemigo, antes de que se le una, confió al legado Tito Fonteyo la guarda del real; y á media noche, silenciosa y recatadamente, partió en busca de Indíbilis y de sus 7,500 suesetanos, decidido á embestirle cuando menos lo pudiera imaginar.» «Da con él, y empeñase en el mayor desorden la batalla.» «Mas el astuto y receloso cartaginés, que no se había dejado engañar del romano, hizo que le siguiera el númerita con no menor precaución y silencio, y en comenzando la refriega, le acometiese por el flanco, mientras él lo

hacía por la espalda.» «Escipión no sabe á quién acudir; pelea, exhorta, manda; y atravesándole de parte á parte una lanza enemiga por el costado derecho, cae mortalmente del caballo.» «En grito de atronadora alegría prorrumpe el africano; clama victoria, persigue y mata sin piedad á los fugitivos; desprecia el real que defendía Tito Fonteyo, y decide sacar envidiable fruto de aquella jorna da venturosa.» «Toma, sin detención, pues, la vía de Cartagena, para reunirse con Hasdrúbal, y deshacer al ejército único los cuatro grandes ejércitos reunidos, antes que Gneo Cornelio Escipión tuviese noticia de la derrota y muerte de su hermano.»

«Puso espanto por aquellos mismos días en el corazón de Gneo ver á los celtiberos, alzando súbitamente sus banderas, abandonar los reales sobre *Amtorgi*, á pretexto de llamarlos á las orillas del Júcar, del Riánsares y del Jalón el deber de amparar los pátrios hogares, invadidos por repentina guerra: la que simuló Indíbilis.» «No pudo Escipión detener á los rebelados ni con ruegos, ni con amenazas, ni á la fuerza; y harto hubo de conocer que sin los auxiliares quedaba inferior al enemigo, y que no había manera de juntarse inmediatamente con su hermano Publio, cometida ya la imprudencia y temeridad de alongarse tanto uno y otro.» «Á todo esto se halló con que los cartagineses pasaban á la parte acá del río, y que le cortaban la retirada.»

«Quiso probar fortuna, y por cualquier rodeo volver atrás cuanto pudiera.» «En la mayor quietud y oscuridad de la noche, sin que lo sintiesen los africanos, levantó su campo, atravesó la frontera occidental de la Deitania, y anduvo como unas tres leguas camino de Lorca, por la rambla de Nogalte.»

«En amaneciendo, se hallan sin adversario los tres ejércitos de Cartago ya reunidos, y mandan en persecución del de Roma á los númidas, que ahora yéndole detrás, ahora atajándole, consiguen antes de la noche obligarle á torcer á mano diestra, en busca de sitio elevado, á pararse y fortificarse mal y de cualquier

manera.» «Llegan á otro día todas las demás fuerzas bereberes y deshacen á los romanos, que se desbandan en precipitada fuga.» «Cuáles se acogen á las próximas selvas, y atravesando las cumbres deitanas, bastetanas y oretanas, pudieron después de grandes penalidades, llegar á *Cástulo* y al real mermaidísimo de Publio, que gobernaba Tito Fonteyo.» «Cuáles fueron pasados á cuchillo; y muy pocos, entre ellos Gneo Cornelio Escipión, se refugiaron en una torre próxima, sobre el Cabezo de la Jara.» «Rodéanla prontamente de cortados pinos, retama y jara los enemigos, y encienden implacable hoguera, que abrasa á Gneo y á cuantos allí esperan salvarse.»

«Tres siglos después el Cabezo de la Jara seguía denominándose *Rogum Scipionis*, de igual suerte que hoy, ni más ni menos, transcurridos casi dos mil años, se llama *Hoguera de Escipión* aquel paraje, en el límite meridional de la provincia murciana con el boreal de la de Almería...» «La Deitania, pues, recogió el último suspiro y los abrasados restos mortales de Gneo Cornelio Escipión, á los ocho años de contrastar en España el imperio al invasor cartaginés, y á los veintinueve días que orillas del Guadalimar sucumbió su hermano Publio en el ardor de la pelea» (1).

Recobró con ambos triunfos Cartago su vacilante prestigio por un momento en las comarcas españolas hasta el Ebro; pero

(1) Tanta y tan grande es la novedad de estas noticias, consignadas ya por el P. Morote en el cap. XX y siguientes de su *Hist. de Lorca* y confirmadas en nuestros días por el perspicuo Fernández-Guerra (D. A.), por lo que hace á la interpretación de tan interesante episodio de la nacional historia, cuyo teatro fué la región principalmente ocupada hoy por las dos provincias de Albacete y Murcia que, —aun á riesgo de parecer difusos ó nada originales,—no hemos vacilado un solo momento en reproducir la pintoresca y exacta relación hecha por aquel ilustre académico al estudiar la *Deitania* en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid* (t. VI, págs. 137 á 142). La generalidad de nuestros historiadores, hasta el modernísimo Morayta, llevan la lucha entablada entre cartagineses y romanos en las comarcas deitanas á territorio bien distinto, engañados tristemente por convencional geografía: hora es ya, en efecto, de que la verdad resplandezca, y sea conocida con exactitud esta parte de nuestra historia, que tan de cerca se refiere á la de las dos provincias que estudiamos, sobre todo cuando en realidad la noticia nada tiene de improvisada.

repuestas del pánico invencible las destrozadas legiones á la voz animosa de Cayo Marcio, la misma desesperación les presta alientos y les guía á la inesperada victoria, forzando de nuevo á los generales cartagineses á retroceder, y restableciendo el equilibrio que, á pesar de los refuerzos enviados de Roma con el pro-pretor Claudio Nerón poco más tarde (210 *a. Ch.*), no consiguen los soldados del Tiber quebrantar á su favor en España. Había ya no obstante sonado para Cartago la hora de la destrucción y de la ruina; y mientras en Italia se reponía Roma de los descalabros que hacía sufrir Hanníbal á sus huestes, tomaba lleno de santa ira la dirección de los negocios de España como vengador de su familia el joven capitán Publio Cornelio Escipión, á quien más tarde, con los honores merecidos del triunfo, de que tanto abusaron pro-cónsules y pretores luego, discernía Roma el apelativo honroso de *Africano*. Lejos los unos de los otros, formando estratégico triángulo que fingía permitirles la defensa del territorio, y fiados siempre en el apoyo de los naturales, los ejércitos cartagineses ocupaban lugares distintos y á la verdad no los más á propósito para el intento que perseguían, dejando como dejaban desamparada la línea del litoral mediterráneo: Hasdrúbal Barca había con efecto plantado sus reales en la Sierra de Albarracín entre los celtiberos, como para guardar el paso á las comarcas del mediodía de España, á las cuales no era grandemente simpático el nombre de Roma: Hasdrúbal Gisgón ocupaba al occidente la desembocadura del Tajo, y Magón tenía por último su campamento en las columnas de Hércules.

Señora Roma de las regiones trasibéricas, contando con el auxilio de sus aliadas las colonias helénicas de la marina, que llegaban hasta internarse en el país mastiano, no era ciertamente sino muy natural, aunque arriesgado y difícil, que el animoso Escipión intentára como primera medida el privar al enemigo de los cuantiosos recursos con que le brindaba la capital de la España cartaginesa, ciudad floreciente, depósito de vituallas,

arsenal abastado y puerto marítimo de primer orden por el cual se comunicaba con la metrópoli, seguro de que con semejante golpe lograría mejor que en larga serie de combates reducir al contrario. Alentado por la esperanza y guiado de su genio, llegada apenas la primavera del siguiente año (209 *a. Ch.*), y previniendo sagaz todo movimiento por parte de los cartagineses, seguido de sus legiones que componían un total de 30,000 combatientes, marcha desde las bocas del Ebro por la costa acompañado de la escuadra, y en breves días, cruzando por países aliados, que en su ceguedad tenían á la devoción romana dispuestos los desatentados griegos, invade la Contestania y sorprende y ataca á un tiempo mismo por mar y tierra á Carthago Nova, guarnecida sólo por escaso presidio. Hállase la ciudad levantada en la estrecha lengua de tierra que avanza por la rada; defiéndenla su posición y la fortaleza de los muros que la ciñen; mas la acometen á la vez y por tres distintas partes las galeras que gobierna Lelio, y la amenazan desde tierra las legiones que dirige Escipión en persona, sin dar tregua ni reposo á los soldados que acuden valerosos al peligro y coronan armados las murallas. Maravíllase Magón, gobernador y jefe de la plaza, de lo brusco é inesperado de la embestida y de la presencia de los romanos que supone destruídos por las huestes de Hasdrúbal Barca; comprende que todo socorro está lejano, y se decide sin miedo á la defensa. Pelean con bravura los cartagineses reforzados por los ciudadanos que toman también las armas en tan apretado conflicto; intentan á la desesperada una salida que rechazan impávidas las tropas tiberinas; y conociendo Escipión la urgencia del caso y la falta de tiempo para formalizar el sitio, lanza sus legionarios al asalto para atraer la guarnición hacia la parte de tierra. Cuando, logrado el objeto, en la hora del reflujo queda en seco una parte de la playa, desatendida en su natural aturdimiento por los cartagineses, dispone decisivo ataque por aquel punto, y pasando á él por el otro extremo de la ciudad un destacamento provisto de escalas, se apodera triun-

fante de la plaza en un solo día, y obliga á Magón á capitular desde la ciudadela.

No de otro modo, sin grave esfuerzo ni peligro, burlando activa y diestramente la sagacidad de los generales púnicos, cuyo primer cuerpo avanzado espera todavía en las fuentes del Tajo la presencia del enemigo para aniquilarlo, penetra Roma en el corazón de los dominios cartagineses, priva á sus ejércitos de la base de sus operaciones, y les arrebató aquella ciudad que les servía de emporio y se enorgullecía con ser la capital de la Península: con ella, caen también en manos de Escipión hasta setenta y tres barcas de transporte; se hace dueño del material de guerra allí acopiado; de inmensas provisiones almacenadas, de muy crecidas sumas que ascienden á seiscientos talentos (3.400,000 pesetas), y de los rehenes que responden de la fidelidad de los españoles aliados de Cartago; y en medio del sobresalto y la congoja de la ciudad, lloran diez mil prisioneros el desastre, sin comprender todavía la inacción de Hasdrúbal Barca y el éxito de las romanas legiones en aquella plaza que como inexpugnable reputaron. Coronada por la suerte tan temeraria empresa, aquel país mastiano, sembrado de colonias massalio-tas enemigas del cartaginés y cuyas indicaciones decidieron sin duda á Escipión para acometer su intento,—después de haber doblegado sin recursos la cerviz ante fenicios, griegos y cartagineses, sus dominadores, humillábala de nuevo, reconociendo como señores á los romanos, privadas de todo amparo y de todo auxilio para lo futuro aquellas gentes que no habían sabido conservar íntegra su independencia, y cuyo carácter primitivo dejaban profundamente modificado el trato y el comercio frecuentes con sus alternativos dueños en el largo proceso de los siglos.

Al dolor sin consuelo de Cartago, unía tan señalado triunfo la admiración y el entusiasmo de Roma por el héroe; y prorrogados los poderes al valeroso capitán cuyo ardimiento acababa de herir de muerte á la africana república, mientras veía con re-

gocijo éste desde Tarragona, á donde regresa sin encontrar obstáculos ni enemigos, que todas las ciudades del otro lado del Ebro se someten, y que los príncipes más poderosos de la ulterior España se declaran clientes de Roma, como antes lo habían sido de Cartago, disuelve, dueño ya de las costas, la escuadra, incorporando á sus legiones los hombres que la tripulan, y se dirige fuerte hacia la Bética. Allí, noticiosos del atrevido golpe de Escipión y de sus consecuencias, se hallaban replegados los ejércitos cartagineses dispuestos á la defensiva, y de allí se preparaba Hasdrúbal Barca para pasar al Norte y volar en socorro de su hermano Hanníbal: verificase el encuentro con la hueste de Hasdrúbal en la Oretania, y *Baecula* es el teatro de la lucha cuyo triunfo indeciso se atribuye Roma (1); y en tanto que el cartaginés logra abrirse paso hasta los Pirineos,—batiéndose en retirada, Hasdrúbal Gisgón parte á la Lusitania, y Magón se endereza á las Baleares con esperanza de refuerzos, dejando á Masinisa que recorra y tale sin piedad toda la España. En balde África envía á Hannón con nuevas tropas; en balde la Bética fiel á los cartagineses se defiende: la toma de *Auringi* (Jaén), la segunda batalla de *Baecula*, la conquista de *Astapa*, tan afrentosa para el nombre romano, hicieron imposible toda lucha; y unas en pos de otras las comarcas que riega el claro Betis, la Turdetania, los túrdulos, los selbysinios y los bástulos; se ven forzados á rendirse, como se rinde á la postre *Gades* la fenicia, sin que puedan impedir la derrota de Cartago ni la gloria de Roma, las sublevaciones que á deshora colocan á los españoles frente á frente de sus nuevos dominadores, y que dan á Escipión pretexto para mostrarse una vez más con aquellos generoso y grande.

«Treinta años padece España la contrastada servidumbre

(1) Las ruinas de esta pequeña población situada en las fronteras de la Bética (Sierra-Morena), se muestran en el despoblado dicho *Úbeda la vieja*, inmediato al puente de Úbeda, á siete millas de Baeza.

cartaginesa (236-206)»; trece luchan las legiones del Tíber en España; y al fin, la Península, dividida, sin unidad, sin alientos propios, caía á los pies de la orgullosa república romana, que se digna inclinarse para aprisionarla con las férreas cadenas del esclavo!



CAPÍTULO III

La región de Murcia y Albacete bajo la
dominación de Roma — Los vándalos
Los suevos

LIBRE está ya la España del yugo de Cartago: gozosos con el triunfo de Roma se muestran los helenos: nadie habrá en adelante que se oponga, con la visible protección de la república victoriosa, á que sean los descendientes de phoceos y de jonios quienes exploten y para sí beneficien las riquezas de la Península, aprovechando cautelosos para ello el estado en que sus incautos habitantes viven; pero el risueño cuadro que contemplan con sin igual deleite los desvanecidos y crédulos aliados de Roma, se trueca en breve, con sangriento dolor y manifiesto asombro, en amargura. Ni ha interpuesto su

veto poderoso el Senado italiota á las rápidas y felices conquistas en España del primer Hasdrúbal, señalando las aguas del Ebro como límite infranqueable á las armas cartaginesas y exceptuando la zacynthia Sagunto; ni ha enviado más tarde á Publio Cornelio y Gneo Escipión, muertos ambos desastrosamente en la región mastiana, ni á Claudio Nerón, que los sucede, ni al capitán insigne que había en Zama para siempre de arruinar á Cartago, sólo con el propósito de entregar á los helenos la rica presa que con afán codicia; ni ha derramado á torrentes la sangre de sus hijos, ni ha invertido los tesoros de su erario, para servir y favorecer ajenos intereses: Roma aspira al señorío universal; anhela el dominio de la Península; y á esta ambición que le subyuga y que le incita, somete con secreta hipocresía todos los intereses por sagrados que sean, y sacrifica todos los sentimientos, no reparando en los medios que ha de emplear, si éstos le proporcionan el fin que codicia y que persigue.

Segura de la empresa, apeteciendo el dominio absoluto de las naciones que ha de convertir sagaz en provincias dependientes suyas, procura separar y desvanecer los obstáculos que puedan oponérsele, valiéndose de las armas de la astucia y apartándose en lo que respecta á España, del camino seguido por griegos y cartagineses: por eso, cuando aquellos pueblos españoles, tan amantes de la independencia como desconocedores del medio de conservarla, siguiendo con perjudicial indecisión y peligrosa incertidumbre ya las banderas del Tíber, ya las de Cartago, vierten su sangre generosa en provecho y beneficio de causas tan contrarias á la suya, y ven arrojados de la Península por la espada de Escipión á los cartagineses,—ni asuela ni destruye población alguna, sean su origen y progenie, sus afectos y simpatías cualesquiera, según con la focense Maénace y sus aledaños lo practica la africana república: ni trae consigo habitantes extraños que le sean sumisos y reemplacen á los indígenas, cual Hanníbal lo hizo, al poblar «de feroces libifénices el territorio malacitano y alpujarreño, desde Tarifa hasta

Berja,» ni toma ostensiblemente incrédula rehenes como el general cartaginés, quien manda «al África diez y seis mil españoles thersitas, mastianos, oretanos, iberos, ólcades y baleares,» trayendo en cambio aquí «otros tantos casi de las africanas regiones de Byzacio, Numidia y Mauritania.»

Divididos están por desventura «los españoles en innúmeras repúblicas y monarquías, independientes y enemigas entre sí; hechos á vivir de la asechanza y rapiña; atrevidos para lo pequeño é incapaces de nada grande,» pues no alcanzan á tanto sus recursos, viviendo como viven, entre recelos invencibles y sospechas interminables que los aíslan y extenúan, pareciendo así que Roma tiene para conseguir su objeto y someter á su dominio la Península, adelantado más de la mitad del camino. Á la sombra de aquellos mal nacidos rencores que fomenta, avanza cautelosa con seguro paso; y cuando juzga llegado el oportuno momento, entonces, sin despertar recelos, sin herir suspicacias, para el mejor logro de sus planes, reparte como dueño Roma el territorio de Iberia en dos grandes regiones, incluyendo en la una, á que da nombre de España Citerior, desde el país de los astures, cántabros, vacceos, oretanos y bastetanos hasta el Pirineo y los indigetes, y comprendiendo en la otra, denominada España Ulterior, los galacios, los lusitanos y los béticos, gobernadas ambas por dos distintos pretores. Para consolidar su imperio y obtener los cuantiosos beneficios que apetece, despliega al propio tiempo su política, fingiendo favorecer así solicita los intereses de los naturales: «perpetuar en cada tribu hacienda, religión y costumbres; no variar los términos antiguos; dirimir los pleitos y rencillas de una y otra, y darles sosiego y paz, conteniendo los envejecidos odios de raza,—ésta,—dice muy ilustre escritor de nuestros días,—fué la política excelente que adoptó aquí la sagacidad latina» (1); pero advertidos á deshora los ingenuos españoles de que son de hierro aquellos lazos con

(1) FERNÁNDEZ-GUERRA (A.): *Disc. cit.* pág. 138.

que la falaz república romana los aprisiona sonriente y lisonjera, malogran «soberanas fuerzas y sin igual heroísmo en defenderse aislados, huyendo ciegos de constituir la gran familia española, para que fuerte, poderosa y temida, no cediera jamás á pérfidas instigaciones é indignos manejos de extranjeros codiciosos y desalmados» (1).

Así Indíbilis y Mandonio, en quienes aparece por ventura personificado el noble sentimiento de la nacional independencia, no bien es para el África partido el triunfante Escipión, excitando á su voz ahora de nuevo á los ilergetes, los ausetanos y otras varias tribus, inauguran aquella época gloriosa de resistencia que había de costar á Roma tanta sangre; pero son vencidos en cruento combate que libran con Lucio Cornelio Léntulo y Lucio Manlio Acidino en los campos de la región deitana (2) el año 205 *a. Ch.*—Más tarde, y prosiguiendo sin unión en su estéril empeño, ¿de qué sirve que triunfen los españoles poniendo en fuga las terribles cohortes italianas que manda el pro-cónsul C. Sempronio Tuditano, y aun hiriendo á éste (196 *a. Ch.*) (3), si en aquella región mastiana, explotada y oprimida, el pretor de la España Citerior en el siguiente año «vence en batalla á los dos generales hispanos Búdar y Besasides, junto á la ciudad de *Turba* (¡la *Túrbula* del geógrafo Tolomeo, que hoy decimos

(1) FERNÁNDEZ-GUERRA (A.), *La Deitania*, *Bolet. de la Soc. Geogr. de Madrid*, t. VI, pág. 143.

(2) Aunque Berlanga (*Los bronceos de Lasc. Bon. y Alj.*) interpreta siempre por Edetanos y Edetania (la actual provincia de Valencia), las voces *sedetano* y *sedetania*, con frecuencia, como en esta ocasión, escritas en los autores,—es de diversa opinión el sabio Fernández-Guerra, acotando con el testimonio de Estrabón, de quien reproduce los siguientes textos, que lo prueban: «Están al Sur [de la Celtiberia] los Oretanos y los Bastetanos y Dittanos (Διττανοί), que habitan el Oróspeda (Ὀρόσπεδα)» (Lib. III, cap. IV, 12).—«Cerca de los Celtiberos, hacia el Mediodía, viven los Sidetanos (Σιδηττανοί), que habitan el monte Oróspeda y varios lugares próximos al río Sucrón (Σούκρων, Júcar), hasta Cartago la Nueva» (Lib. III, cap. IV, 14). «Estrabón pues, ó sus copiantes—dice el Sr. Fernández-Guerra,—indistintamente escriben *Dittanos* y *Sidetanos*, siendo un mismo y solo pueblo, aunque parezcan dos á lectores poco advertidos» (*La Deitania*, *Bol. de la Soc. Geográfica de Madr.* t. VI, pág. 159, nota 10).

(3) TITO LIVIO, lib. XXXIII, cap. 25.

Óntur, en la parte superior de la Deitania, partiendo lindes con los Contestanos?), prende á Búdar, mata doce mil hombres, ahuyenta á los demás y triunfa,» y tres después, «en 192, el pretor de la misma provincia Cayo Flaminio, aportilla con ingenios el muro de la bien fortalecida y opulenta ciudad de *Litabro*, y allí coge vivo al noble régulo Corribilón, señor quizá de la Deitania» (1)? ¿De qué aprovecha la derrota experimentada en 190 por el procónsul Lucio Emilio Paulo ante la fortaleza de *Ilugo* en el país Bastetano (2), ni la actitud en que se mostraban la Oretania y las regiones próximas, teatro á la sazón de la guerra, encastillándose los españoles «en las ciudades más pertrechadas y florecientes del Oróspeda?»

Movidos por invencible y generoso anhelo, pelean sin cesar por la independencia perdida y no apreciada hasta entonces los pueblos mastianos, como por ella se sacrifican sin término los demás pobladores de la España; pero es en balde tesón tan empeñado, inútil tanto heroísmo, infructuoso el no apagado ardimiento de aquellas gentes que se resisten desesperadas al freno de sus dominadores, y estériles resultan al postre tantas parciales luchas que enrojecen con sangre el pátrio suelo. Todo cede ante el empuje incontrastable y ante la voluntad enérgica de Roma, y España al fin, después de doscientos años de porfía que parece no tener límite, humilla extenuada, pero no vencida, la cerviz orgullosa, postrándola las divisiones de sus hijos como esclava ante el trono esplendente de los Césares. Si la república y el imperio, con igual aspiración y empeño ambos, siguen también igual política y fingen respetar tradiciones, costumbres y propiedades,—poco á poco en las venas del pueblo hispano en

(1) «*Litabro*,—dice el Sr. Fernández-Guerra,—se ha de reducir á Liétor, famosa ya por su Campo de la Matanza, y con señales de antigüedad sobre la margen izquierda del río Mundo, en la vía de la Oretania á Cartagena, al oriente de *Biggerra*, Bogarra» (*La Deitania*, pág. 143 cit.).

(2) Tito Livio (lib. XXXVII, cap. 46) llama *Lycon* á esta fortaleza; Hübner afirma ser la *Ilugo* bastetana; Fernández-Guerra, situándola sobre la Vía Heráclea, la coloca en Santisteban del Puerto.

cambio se inocular el espíritu de Roma, y falta de libertad la Península, pesan sobre ella la voluntad, la ambición y la avaricia de su inflexible dueño. Con los beneficios no dudosos de la cultura romana, se sienten los españoles presos en aquella extensa serie de estratégicas vías que cruzan imperturbables y en todos sentidos el territorio, y que facilitan la acción vigilante y pronta de los cónsules, como se hallan dominados por aquella organización de hierro que los comprime y aniquila, y por la multitud de colonias, de orden y categoría distintos, que esmaltan sus regiones; y si «hubo de ser punto de partida el modo y forma con que se hallaba constituida la propiedad,» «al hacerse los trabajos de la famosísima división territorial que lleva el nombre de Octaviano,» «el día de las calendas de Enero de 716 (38 a. Ch.),» sólo reconocía tal medida por único origen el deseo de reducir aún más los pueblos españoles, enredándolos en las recias mallas de la red inquebrantable que teje sin cesar incommovible la señora del mundo para ahogarlos.

Por eso, no alcanzando con igual eficacia la acción de Roma á todos los extremos y comarcas de la Península, reparte el territorio intranquilo y conmovido de la que ha de ser provincia de la república, primero, en dos grandes regiones, quedando por virtud de semejante disposición senatorial referidos los antiguos pueblos ibéricos de la Oretania, la Bastetania, la Deitania y la Contestania, que habitaron la circunscripción de Murcia y Albacete, á la España Citerior, dotada de hasta siete *Conventos Jurídicos*. Por eso, más tarde, Augusto divide en tres provincias la Península; y haciendo depender ahora aquellos pueblos de la Tarraconense,—ennoblecida con el carácter de colonia (1), la feliz fundación de Hasdrúbal, emporio y capital suntuosísima de la

(1) Veleyo Patérculo afirma que fué la primer colonia que los romanos establecieron fuera de Italia, aunque es desconocida la época, y según Strabón, sin ser Carthago Nova capital de la España Citerior compartía con Tarragona la residencia del pretor, principalmente en los inviernos, ostentando los títulos de *Victrix Iulia Nova*.

africana república en nuestro suelo, de la cual nada tenía sin embargo que referir Pomponio Mela por ser de escasa valía sus ciudades (1), era por Galba, como expresa Suetonio, erigida en *Convento Jurídico*, cabeza de muy dilatado distrito, en el cual, sin las islas Baleares, se contaba no menos que sesenta y cinco pueblos, declarando así por expresivo modo la excelencia y la supremacía de Carthago Nova sobre las fundaciones griegas de la jurisdicción adjudicada.

De ella dependían además hasta cinco diversas colonias, dos que gozaban las preeminencias del *jus Italiae*, como *Acci* (Guadix) y *Libisosa* (Lezuza), aquella bajo el nombre de *Accitana Gemellense* en los confines meridionales de la Bastetania, y ésta, con la nueva denominación de *Foro-Augusta*, en las lindes de la Oretania y la Deitania; la oretana *Solariense*, la *Setabitana* de la Contestania (Játiva-Valencia) y la *Valeriense* celtibera (Valera la Vieja-Cuenca). Trece ciudades estipendiarias concurrían también al *Convento jurídico cartaginense*, asistiendo á él por tanto con semejante condición los alabanenses, los bastitanos de Baza (Granada), los consaburenses de Consuegra? (Toledo), los dianeses de Denia (Valencia), los egelestanos de Iniesta? (Cuenca), los ilorcitanos de Lorquí (Murcia), los laminios del Campo de Calatrava (Ciudad-Real), los mentesanos de la Oretania y los mentesanos de la Bastetania, los segobrigenses de la Celtiberia, los toletanos de la Carpetania, los viatienses de la Oretania, y por último, los virgilienses bastetanos (2).

Merecida era con efecto la predilección de Roma en la España Citerior para con aquella ciudad insigne que sólo por atrevido y afortunado golpe de mano caía en poder del joven Escipión; donde el futuro vencedor de Hanníbal hubo de invernar durante sus campañas en la Península, y en cuyo recinto, cercado de murallas, celebraba aquél solemnes exequias en honra

(1) *De situ Orbis*, lib. III, cap. VI.

(2) PLINIO, lib. III, cap. IV.

de su padre y de su tío, sacrificados al furor de las armas de Cartago: ni la importancia política de Cartagena, enclavada precisamente en la región mastiana, donde á pesar de las fundaciones massaliotas, que tan interesante parte toman como espías y auxiliares de las cohortes italianas en la guerra fenecida con la república africana, jamás resonó con grandes simpatías el nombre de Roma en los oídos de los naturales; ni la riqueza exuberante de sus campos y sus sierras, pródigas en metales preciosos y en toda suerte de producciones; ni la suntuosidad y grandeza de los edificios y de las fábricas que dignificaban y ennoblecían la circunscripción de la ciudad, propiamente dicha; ni la fortaleza de los muros que la cerraban, ni la bondad y excelencia del puerto á que se abría, podían en realidad permanecer ocultos ó ser desdeñados por la romana perspicacia, y bien patente hacen el alto grado de prosperidad que logran por espacio de más de siete centurias Cartagena y su distrito, los frecuentes descubrimientos que el acaso favorece y la curiosidad conserva en ocasiones, cuando no los destruye la ignorancia.

Elevado desde la humilde clase civil á la prepotente de los caballeros por beneficio del César Adriano Augusto (117-138 de J.), un escribano cuestorio y edilicio, español por ventura, encumbrado á los más altos honores, «tan afortunado agente debió ser para sus conterráneos, tales riquezas supo allegar y tal maña se dió, afianzando el logro de bien encaminadas esperanzas, que seis poblaciones meridionales de la España Tarraconense disputáronsele por conciudadano suyo». «Fueron éstas, en la antigua región mastiana, *Carthago Nova* (Contestania-Cartagena), *Sicelli* (Contestania-Villar no explorado del monte *Siceli* ó *Sigelli*, dos leguas SO. de Denia), *Asso* (Deitania-Las Cuevas), *Lacon* (Lacoena urbs—Deitania-Castillo de Luchena ó de Puentes), *Argos* (Deitania-No lejos de Cehegín) y *Basti* (Bastetania-Baza». «Mortal enfermedad vino á desbaratarlo todo; y al hacer testamento el antiguo escribano, que Emilio Recto se decía, tan pródigo y bizarro anduvo con una y otra, si no con todas estas

seis españolas ciudades, que llegó á dotarlas de algún monumento ó edificio suntuoso, donde vino á perpetuar su nombre y rústica tribu, domicilio y séxtuple ciudadanía, primitiva ocupación y posterior dignidad, y juntamente su gratitud y largueza.» «Doscientas cincuenta libras de plata legó para una estatua á la Concordia de los Decuriones de Cartagena; y el pedestal, con letrero sumamente curioso, pareció en 1526 (1), mas ya no existe.» «Reconocido al honor de la edilidad que obtuvo de sus conciudadanos cartagineses, mandó erigirles un teatro; y la gigantesca lápida, que por memoria allí se puso, hecha extraer de las ruinas en 1244 por el sabio príncipe don Alfonso X, y colocar sobre la puente levadiza del castillo (2), ilustra ahora el *Museo Arqueológico Nacional*» (3), donde se conserva, diciendo en las cuatro líneas de hermosos caracteres de que consta:

L·AEMILIVS·M·F·M·NEP·QVIR·RECTVS·DOMO·ROMA
QVI·ET·CARTHAGINENSE·SICELLITAN·E·ASSOTAN·E·LACEDAEMON·
ET·ARGIVVS·E·BASTETANVS·SCRIB·QVESTORIVS·SCRIB·AEDILICIVS·CIVIS
ADIECTVS·OB·HONOREM·AEDILITATIS·HOC·OPVS·TESTAMENTO·SVO·FIERI·IVSSIT (4).

Templos, aulas, thermas, foros, teatros, acueductos y toda suerte de suntuosas fábricas herloseaban el amurallado recinto de Cartagena, como enriquecían sin duda las principales ciudades de su jurisdicción y distrito, en las provincias actuales de Albacete y Murcia, ciudades reducidas hoy á inexploradas ruinas (5), atendiendo con no interrumpida solicitud los magis-

(1) HÜBNER, *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, 3424.

(2) CASCALES, *Discurso de la Ciudad de Cartagena*, 23.

(3) FERNÁNDEZ-GUERRA, *Disc. de recep.* del Sr. Rada y Delgado en la Real Academia de la Hist., pág. 128, nota.

(4) Mide la lápida 3^m67 de longitud por 0^m65 de alto, y el epígrafe se halla contenido en una cartela moldurada. Fué donación del Ayuntamiento de Cartagena al *Museo Arqueológico Nacional*, en el viaje arqueológico del Sr. Rada y Delgado.

(5) «Como á 24 kilómetros E. del Calar del Mundo, á 6 N. de Létur y 6 también SO. de Elche de la Sierra, en la banda izquierda del río Ségura [y provincia de Albacete], hubo ignorada ciudad antiquísima, reducida hoy al pueblecito de los Villares.» «Allí existía una inscripción romana expresiva de haber costeadó

trados romanos á la conservación de los edificios públicos y de las obras de fortificación, según lo patentizan los epígrafes que publicó Cascales, aunque sin indicar por aventura el lugar donde existían, y de los cuales el primero, conservado con el de Emilio Recto en el *Museo Arqueológico Nacional*, y labrado en fuerte sillar que mide 0^m86 de alto por 1^m30 de ancho, se expresa en esta forma:

C N · CORNELIVS ·
L · F · GAL · CINNA ·
II · VIR ·
MVRVM · LONG · P · CII
EX · D · DEC · I · Q · P · (1)

Semejante en su sentido el segundo, decía:

M · CORNELIVS ·
M · F · GAL · MARCELLVS ·
AVG · QVIN ·
MVRVM · A · PORTA · TOPILLA ·
AD · TVRRIM · PROXIMAM · P · C · XLVI ·
ET · VLTRA · TVRRIM · PP · XI ·
D · D · F · C · I · Q · P · (2)

Galio Fusciano el edificio de la curia.» «Cean-Bermúdez la publicó el primero, *Sum. 77*» (FERNÁNDEZ-GUERRA, *La Deilania*, pág. 160, nota 12). En el término de Alcaráz, «cerca del Guadarmena, se encuentran muchas ruinas romanas.» «Algunos autores creen que allí existió la antigua *Oreia* ú *Orgia* que pertenecía á la región de los oretanos.» «En ella se encontró la siguiente inscripción:

DIIS · MANIBVS ·
C · ALLI · C · F · VICTORIS · LEM ·
VICTORIS · CONTRA · ILERGETAS ·
AB · ACERVO · FATO · VICTI ·
TRIB · MILIT · LEG · XIX ·
VIXIT · ANNOS · XXXII · MENSES · II ·
C · ALLIVS · C · F · PAT · OPT ·
F · ET · S · »

(BLANCH, *Crónica de la prov. de Albacete*, pág. 11). En lugar oportuno haremos mención de otras ruinas y de otros epígrafes latinos de ambas provincias.

(1) La letra de este epigrafe es tosca; la traducción de Cascales (*Disc. de la ciud. de Cart.*, 28) dice: «Gneyo Cornelio Cinna, hijo de Lucio, de la Tribu Galeria, uno de los dos Alcaldes ordinarios (duumviros), tomó á su cargo el edificar la muralla ciento y dos pies de largo, por decreto de los Regidores (Decurionum decreto).—Y ayudó con dinero también.»

(2) Acaso la forma en que se halla repartida la letra sea la que supone-

Ni faltaron tampoco, entre otros monumentos de que no resta memoria, estatuas erigidas ya en honor de los emperadores, como testimonio de acendrado amor por parte de los particulares y cual expresión significativa de la devoción especial con que el Convento jurídico Cartaginense hubo en esta ciudad de distinguir, por ejemplo, al César Tito Elio Hadriano, ya en honra y gloria de otros personajes: de lo primero depone con efecto, «un pilar pequeño cuadrado» que señala Cascales como existente «en la Iglesia de Señora Santa Ana», cuya letra, según el referido escritor, decía:

VICTORIÆ · AVGVSTI · C · VALERIVS · FELIX ·
EX · VOTO · D · D · (1);

y mientras de lo segundo acreditaba el pedestal que se advertía «en una esquina, que hay en el primer patio de... la Casa Real», conteniendo el epígrafe siguiente:

IMP · CÆSARI · T · ÆLIO · HADRIANO · ANTONINO ·
AVG · PIO · P · P · COS · III · PONTIF · MAX · TRIB ·
POTEST · CONVENTVS · CARTHAG · CVRANTE ·
POSTVMIO · CLARANO · FLAMMINIO · (2),

de lo tercero atestiguaba asimismo «una basa de estatua que [hay] en la fuente de la plaza con esta dedicación:

OCTAVIÆ · M · F · LVCANÆ · DOMINÆ · OPTIMÆ ·
M · FVLVIVS · GILO · SCRIBONIVS · FIDVS · PROC · EJVS ·
L · D · D · D · » (3).

Dadas la grandeza y la importancia de Cartagena, así bajo

mos. Cascales (*loco cit.*) interpreta la leyenda en estos términos: «Marco Cornelio Marcelo, hijo de Marco, de la Tribu Galeria, sacerdote agorero por cinco años, tomó á cargo hacer la muralla desde la puerta Topila hasta el torreón primero, ciento y quarenta y seis pies de lienzo: y á esotra parte del torreón once pies, por Decreto de los Regidores. É ayudó también con dinero.»

(1) CASCALES, *Op. cit.*, 27.

(2) *Id.*, *id.*, 33.

(3) *Id.*, *id.*, 26. Acerca de este y los restantes epígrafes de Cartagena, véase el capítulo especialmente consagrado á esta ciudad en el presente libro.

la República como bajo el Imperio, no podía ser pues maravilla que, cuando difundiendo la salvadora luz de las doctrinas de Cristo por todo el orbe, llegaban á la desconsolada y oprimida España los primeros Ministros del Evangelio, para derramar sobre el ulcerado corazón de los romanizados habitantes de la Península el bálsamo inefable de aquella religión de amor y paz que debía ser guía, amparo y refugio en sus amargas tribulaciones,—establecida en la cercana *Urci* la Cátedra de San Indalecio, y tomando éste sobre sí la sagrada misión de ilustrar, como dice el Mtro. Flórez, á Cartagena, quedase en ella introducida la Christiandad «desde el fin del primer Siglo de la Iglesia» (1); pues aunque «en lo que mira al origen, y aun progreso de la Silla Pontificia, ha sido desgraciada esta Ciudad, ocultándonos el tiempo los documentos más antiguos, sin dejarnos ninguno positivo hasta el Siglo sexto» (2), parece acreditarse con efecto la antigüedad de su Sede por el hecho de que «en el Siglo I, y en los tres siguientes se mantuvo en tanta grandeza» (3) como antes había conseguido, siendo ésta sin duda alguna la causa en virtud de la cual, dada la paz á la Iglesia por el gran Constantino, al verificar éste en 332 la tercera división territorial de España, erige en provincia con título de Cartaginense las comarcas donde habitan los vacceos y los arevacos, los celtiberos de Ergávica, Valeria y Segóbriga, los carpetanos, los oretanos, los edetanos de Valencia y los bastetanos, deitanos y contestanos de Albacete y de Murcia, y les da por cabeza á Cartagena, quedando Clunia y ella señaladas como *Conventos jurídicos* de la novel provincia.

Cruzaban ya entonces el territorio jurisdiccional de ésta, multitud de calzadas y de vías, denominadas unas militares y que, equivaliendo á nuestras actuales carreteras de primer orden, eran construídas á expensas del Estado y en ocasiones con

(1) FLÓREZ, *Esp. Sagr.*, t. V, pág. 65.

(2) *Id.*, *id.*, id.

(3) *Id.*, *id.*, pág. 66.

la llamada *pecunia manubialis*, ó sea el producto del botín ganado á los enemigos en la guerra, no faltando Emperadores y aun generosos particulares que de su propio caudal asignaban crecidas cantidades con tal objeto; servían las otras de mera comunicación, y se desprendían para tal fin de aquellos caminos principales, corriendo su apertura, mantenimiento y conservación á cargo de las provincias y de los pueblos por cuyos términos discurrían, los cuales atendían á ellas por medio de prestaciones personales (*operae*) ó contribuciones en dinero (*impensae*) (1). «Entrando en las miras políticas de Augusto estrechar la centralización del nuevo gobierno que había fundado, por medio de la pronta transmisión de las órdenes del poder y las noticias de las provincias», con la institución de los correos, erizáronse como natural consecuencia aquellos caminos, en su varia categoría militar y política, de «los necesarios relevos preparados á lo largo de las vías militares», verdaderas casas de postas, llamadas las unas *mutationes* y *civitates*, según su importancia, las cuales mantenían siempre dispuestos veinte caballos,—ó *mansiones*, con alojamientos y víveres para las etapas de las tropas en marcha, donde había doble número de aquellos animales «y el de carros, bueyes y acémilas necesario para la conducción de efectos y bagajes» (2). «Fuera de Italia, la calzada más antigua de que se hace memoria es la que en España conducía de Cartagena á los Pirineos, para ir después por los Alpes á Roma, medida ya y señalada con los miliarios en tiempo de Escipión el menor» (3), acrecentándose después sobre modo hasta los tiempos de Septimio Severo toda suerte de comunicaciones y caminos, en cuyos miliarios hicieron grabar sus nombres los españoles Trajano y Hadriano, Antonino, Lucio Vero y Septimio Severo, ya arriba referido.

(1) D. EDUARDO SAAVEDRA, *Discurso de recep. en la Real Acad. de la Historia*, pág. 21.

(2) *Id.*, *id.*, págs. 19 y 20.

(3) *Id.*, *id.*, pág. 18.

Distinta era la dirección que en su marcha y desarrollo tomaban aquellas vías, no todas de igual interés para nuestro actual propósito, las cuales, penetrando en la región reducida á las provincias de Murcia y Albacete, ya se inclinaban de mediodía á levante, bordeando la circunscripción de la moderna Albacete, llegando á su límite oriental y perdiéndose en la provincia de Valencia; ya marchaban derechas desde ésta, á lo largo de la costa, para morir en Cartagena; ora se torcían de levante á poniente desde esta última ciudad, para enlazar con alguna de las anteriores vías, y ora en fin, culebreaban á través de las sierras y de los valles, dentro de la comarca objeto de nuestro estudio, poniendo en comunicación más ó menos fácil y directa las poblaciones del interior, y favoreciendo su desarrollo y su progreso. Como más importante, en el siglo primero de nuestra Era partía de Cádiz con carácter de general y hallaba término en la ciudad del Tíber, siguiendo la dirección de mediodía á levante,—conforme á las indicaciones de «los cuatro preciosísimos Vasos Apolinarios, de plata, cincelados, hallados en las termale aguas italianas de Vicarello, junto al lago Sabatino, al comenzar el año 1852,—la *Vía Augusta* ó *Heráclea*, una de las muchas que, entre las conocidas y determinadas, atravesaban el territorio de la Cartaginense, el cual camino, desde la estación apellidada *Ad Noulas*, situada cerca de Villanueva de la Reina ó Andújar, en el reino de Córdoba y región de los túrdulos, tenía cual mansiones ó estaciones intermedias de diversa categoría, á contar de la primera, ya expresada:

XIX · M · P	30,400 ^m	CASTVLO	Cortijos de Cazlona	Oretania	Jaén
XXIV · M · P	38,400 ^m	AD MORUM	Navas de San Juan, partido de la Carolina	Idem	Idem (1)
XIX · M · P	30,400 ^m	AD SOLARIA	El Zadorio	Idem	Idem
XX · M · P	32,000 ^m	MARIANA	Nuestra Señora de Mariana	Idem	Albacete
XX · M · P	32,000 ^m	MENTESA	Villanueva de la Fuente	Idem	Idem
XXIV · M · P	38,400 ^m	LIBISOSA	Lezuza, partido de la Roda	Idem	Idem
XXII · M · P	35,200 ^m	PARIETINA	Paerazos	Deitania	Idem
XVI · M · P	25,600 ^m	SÁLTIGI	Chinchilla	Idem	Idem

(1) En los Vasos Apolinarios se halla la variante de XIX millas.

XXXII · M · P	51,200 ^m	AD PALE	Cerro de los Santos (1)	Contestania	Albacete
XXII · M · P	35,200 ^m	AD ARAS	Alto de Mariaga (2)	Idem	Idem

Desde esta última estación, la *Via*, continuando por la Contestania, donde encontraba á *Saetabi* y *Sucrone*, se internaba en la actual provincia de Valencia, proseguía por la de Castellón de la Plana hasta *Intibil*, entre San Mateo y Trahiguera, y penetraba por último en la Tarraconense por Dertosa, después de haber recorrido 136 millas por la actual provincia de Albacete. Según las indicaciones de los referidos Vasos Apolinarios, guía de los viajeros que iban desde Cádiz á Roma, concertados con el itinerario de Antonino y los descubrimientos y ruinas existentes, el trecho de la indicada *Via Augustea* que iba desde Chinchilla hasta el límite SE. de la provincia de Albacete, se desarrollaba conforme recientes estudios, del siguiente modo:

	SALTIGI	— Chinchilla R' (3)	Deitania	Albacete
		Pétrola R' —	Idem	Idem
		Corral-Rubio R'	Contestania	Idem
		La Peñuela	Idem	Idem
		— Montealegre R'	Idem	Idem
		N.° S.° de la Consolación R' —	Idem	Idem
		Venta del Salitral	Idem	Idem
XXXII · M · P	51,200 ^m	Cerro de los Santos R' —	Idem	Idem
II · M · P	3,200 ^m	Monte Arabí R' —	Idem	Murcia
		Venta de los Hitos	Idem	Idem
		Los Hitos, encrucijada	Idem	Idem
		— Mari-Esparza R'	Idem	Idem
		— Tobarrillas R'	Idem	Idem
		Lomas de Tobarrillas —	Idem	Idem
		— Sierra de la Oliva ó de Santa Bárbara	Idem	Idem
XX · M · P	32,000 ^m	Alto de Mariaga	Idem	Albacete
III · M · P	4,800 ^m	Fuente de la Higuera (4)	Idem	Valencia
LVII · M · P	91,200 ^m			

(1) Nuestro hermano político, el académico Sr. Fernández y González, coloca esta estación en Nuestra Señora de Belén, legua y media al O. de Almansa, á cuyo partido judicial corresponde (*Arqueología de la Esp. árabe.—Rev. de Arqueología esp.*, núm. 1, pág. 21). El Sr. Fernández-Guerra la sitúa en el Cerro de los Santos (*Disc. de recep.* del Sr. Rada en la Real Acad. de la Historia).

(2) Otros autores emplazan la estación de *Ad Aras* hacia la venta de la Balsa, entre Almansa y Mogente, partido de Enguera y provincia de Valencia.

(3) «La rayita indica el lado de la vía, derecho ó izquierdo, á que está la población; la R' que ésta tiene, ruinas romanas» (FERNÁNDEZ-GUERRA, *Disc. de recep.*, del Sr. Rada, pág. 123).

(4) FERNÁNDEZ-GUERRA, *Ibidem.*

Desde Sagunto, enderezábase hasta Cartagena la *Via Pretoria*, que formaba parte del camino romano-ibérico de la costa, siguiendo por las provincias de Valencia y Albacete, y penetrando en la de Murcia por la estación de AD ELLO, mencionada, para continuar en esta forma:

XX · M · P 32,000 ^m	AD ELLO	Monte Arabi R —	Contestania	Murcia
		Los Hitos, encrucijada	Idem	Idem
		Pulpillo R —	Idem	Idem
		— Fuente del Pulpillo R	Idem	Idem
		Yecla R	Idem	Idem
		— Torrejones R	Idem	Idem
		Hoya del Pozo	Idem	Idem
		Portichuelo	Idem	Idem
		Loma de las Pasas R	Idem	Alicante
XXVIII · M · P 38,400 ^m	ASPIS	Alto de la loma R	Idem	Idem
		Pinoso R —	Idem	Idem
		La Romana	Idem	Idem
		Fuensanta	Idem	Idem
		— Aspe	Idem	Idem
		Torre de Carrús	Idem	Idem
XXVIII · M · P 38,400 ^m	ÍLICI	Elche R	Idem	Idem
XXVII · M · P 43,200 ^m	THIAR	Entre el Cabo Roig y Cala de la Glea y el arroyo de Ca- ñada-Hermosa	Idem	Idem
XXV · M · P 40,000 ^m	CARTHAGO SPARTARIA	Cartagena (1)	Idem	Murcia
CXX · M · P 192,000 ^m				

Otro camino ponía en más directa comunicación el hemeroscopio de *Ello* y *Thiar*, y en él se encontraba como estaciones AVRARIOLA (Orihuela) y BAGA (Bigastro ó Lugar Nuevo de los Canónigos) en la provincia de Alicante (2), mientras el que partiendo de SÁLTIGI (Chinchilla) en la de Albacete, llegaba hasta CARTHAGO SPARTARIA, tuvo romanas hospederías en Hellín (ILVNVM), de la misma provincia, en Cieza (SÉGISA) de la de Murcia, quizás en la misma Murcia (¿TVCCA?) (3) y en

(1) FERNÁNDEZ-GUERRA, *loco laud.*

(2) Procopio (lib. VI, cap. V, 3), hace mención de esta ciudad diciendo: «Haec habet aedificia Justiniani Carthago nova: in circumjecta autem regione, Proconsularis dicitur, erat urbs Baga (Βαγά) moenibus nuda; ita est eam Barbari absque impressione ac forte in transitu capere possent. Hanc Justinianus Aug. optimè communiendo, verè urbem effecit suis idoneam servandis civibus: qui tali affecti beneficio in honorem Augustae, urbem vocant Theodoriadem» (Θεοδοριαδα).

(3) El mismo Procopio, en el pasaje citado, hace constar también que el empe-

Leones (LEONES), millas al NO. de Cartagena (1). El itinerario de Antonino señala desde Cartagena á Cástulo (Cazlona), la marcha de la vía oficial, en la disposición siguiente:

	CARTHAGO SPARTARIA	Cartagena	Contestania	Murcia
XLIII · M · P	70,400 ^m	ELIÓCROCA	Lorca	Deitania Idem
XXIII · M · P	38,400 ^m	AD MORVM	Cerca de Vélez-Rubio	Bastetania Almería
XXVI · M · P	41,600 ^m	BASTI	Baza	Idem Granada
XXV · M · P	39,600 ^m	ACCI	Guadix	Idem Idem
XXVIII · M · P	44,800 ^m	ACATVCCI	Cercanías de Hiznaloz	Túrdulos Idem
XXIII · M · P	38,400 ^m	VINIOLIS	Cortijada de los Albuñeles, término de Cambil (Huelma)	Bastetania Jaén
XX · M · P	32,000 ^m	MENTESA BASTIA	La Guardia	Idem Idem
XXV · M · P	39,600 ^m	CASTVLON	Cazlona	Oretania Idem (2)
CCXXVI · M · P	344,800 ^m			

Surcado de estas más principales vías y de aquellas otras de menor importancia, por su extensión y por su naturaleza, que pusieron en comunicación y enlace las poblaciones interiores, y que salían con frecuencia al paso de los indicados caminos, el territorio de Murcia y Albacete se halló al postre por igual y para siempre encadenado á Roma. Con indecible interés y con creciente angustia, habían seguido sus habitantes las peripecias de aquella lucha interminable y santa en que tantas veces burló Viriato y destrozó triunfante las legiones de Italia; las conmovedoras y trágicas de la inmortal guerra de Numancia; las sangrientas del duelo librado en las Españas entre Sertorio y Sila, que alguna vez conmovieron las comarcas más próximas á ambas provincias, abrigando en su optimismo la vana esperanza de

rador Justiniano mandó construir en aquel distrito (τῆ χώρα) de Carthago Nova, un fuerte (φρούριον) llamado Tucca (Τουκκα), que el Sr. Fernández-Guerra supone ocupó aproximadamente el sitio donde hoy se levanta Murcia, ó acaso el emplazamiento de Monteagudo, cosas ambas imposibles de resolver en absoluto.

(1) FERNÁNDEZ-GUERRA, *loco laudat*.

(2) IDEM y SAAVEDRA, *Disc. de recep.* del segundo, en la Real Acad. de la Hist., Apéndice I, pág. 62. En él se siguió el texto de los códices de Dresde, Biblioteca Nacional de Madrid, Real Parisiense, el Palatino y el Victoriano, que señalan en Eliócroca XLVIII, así como el Florentino Laurenciano fija XLVII *mfm*; pero el señor Fernández-Guerra, en su interesante monografía de la *Deitania* se decide por la variante del texto (*Bol. de la Soc. Geogr. de Madrid*, t. VII, pág. 165). En la Carta geográfica que acompaña el trabajo del Sr. Fernández-Guerra, se indican otras muchas vías que allí pueden ser estudiadas por los lectores que lo desearan.

que en pos de tanta y tan reiterada porfía, les sería dado recobrar la anhelada independencia: todo fué sin embargo inútil, y la región que bañan el Júcar y el Segura, y cierran por Oriente y por Ocaso los ásperos macizos de la Cordillera Ibérica y la Mariánica respectivamente, fué de Roma esclava por completo, según quedó insinuado arriba. Siguió con la metrópoli la suerte que le estaba deparada; se engrandeció bajo el gobierno de los Césares; vióse entonces esmaltada de poblaciones romanas florecientes, y ya, fuera de la aspiración constante de sus naturales á sacudir el yugo de oro que los oprimía, nada quedó en ella de su primitivo estado. Así la sorprendieron las primeras predicaciones de los apostólicos; así escuchó la palabra persuasiva de Indalecio, y así, aquella muchedumbre de gentes que la poblaban, compuesto híbrido de razas contrapuestas que aún conservaba, á través de la dominación tiberina, las tradiciones religiosas de otros tiempos, abrió su corazón á las doctrinas purificadoras del cristianismo, con el anhelo de ver llegar el día en que tuvieran realidad las promesas consoladoras de la religión de Cristo.

«Abandonada por los Césares, ó más bien entregada por su impotente poquedad á la furia de la anarquía, inundada de hombres que incendiaban sus ciudades y arrasaban sus campos, é infestada al cabo por la herejía, arrastró durante el siglo v.º España la más dolorosa existencia.» «Precedieron sus vicisitudes á la caída del Imperio, que juzgó sin duda conjurar la tormenta sobre él levantada, señalándola á los pueblos del Septentrión cual opulenta presa, y pensando desterrarlos por esta vía á los confines del mundo.» «Mas si hubo generosos pechos que, venerando el nombre romano, osaran por un momento arrostrar en temeraria lucha el empuje y coraje de tantos pueblos como se desplomaron sobre Iberia; si alguna vez doblaron las águilas del Imperio las cumbres del Pirineo, más bien para excitar de nuevo el furor de los bárbaros que para rescatar las Españas de tan mísera servidumbre, ni llegó á despertarse el heroísmo de los antiguos tiempos al ruido de tanto estrago, ni ofreció el pueblo

de los Viriatos ninguno de aquellos ejemplos que habían inmortalizado su nombre en los fastos de la historia.» «España avasallada, enervada y envilecida por los romanos, cambiaba sólo de señores; lejana de toda idea de independencia, ni aun pudo imaginar que era llegado el momento de tentar fortuna para recobrar la libertad perdida.» «Dobló, pues, á la pujanza de los invasores el cuello avezado á la servidumbre, y en su amarga orfandad sonrió acaso al contemplar la perdición de sus antiguos tiranos.»

«Desde el punto en que la torcida política de Estilicón excita á los alanos, suevos y vándalos á caer sobre el Imperio romano, señalándoles por último las Españas cual digna presa de su incontrastable coraje..., sólo ofrece la historia páginas sangrientas.» «Cansados, mas no hartos de exterminio, reposaron aquellos pueblos por un instante,» después de derramar por la Península la desolación y el estrago, que alcanzaban de igual suerte que al resto de España á las regiones de Murcia y Albacete, donde en 411 los alanos saciaban su codicia cometiendo todo género de excesos y crueldades, á que ponían digna corona, como expresa Idacio y copia San Isidoro, el hambre y la peste destructora y general, que aumentaron el número de víctimas. «Asentáronse los vándalos y suevos en Galicia; posesionáronse los alanos de las provincias lusitana y cartaginense, y cupo en suerte á los vándalo-silingos la Bética.» «Dolido Ataúlfo de las Españas, donde pensó tal vez poner la silla del Imperio, cuyo restaurador se intitulaba, acudió á sacarlas de tan mísera servidumbre; mas desbaratados por la muerte sus intentos, heredó Walia la no fácil empresa de sujetar á su dominio aquellas naciones, habiendo menester exterminarlas para conseguir semejante propósito.» «Tras innumerables y desastrosos encuentros, lograba aquel animoso caudillo extirpar en la Bética los vándalo-silingos (418), arrojando de las provincias cartaginense y lusitana á los alanos, quienes, acosados por todas partes, se refugiaban aniquilados bajo los pendones de los vándalos de Galicia.»

«De tal manera se ensayaba en las dos Españas el bélico esfuerzo de los visigodos, cuando llamados á las Galias por Constancio, dejaron expuestas al furor de vándalos y suevos las feraces comarcas que se extienden desde el Pirineo al Océano; y como si vengaran en los indefensos moradores la ignominia de sus pasadas derrotas, cayeron de nuevo sobre la antigua presa, no perdonando ya el fuego lo que había olvidado antes el acero.»

«Levantados de su asiento los vándalos de Galicia, inundaban pues las llanuras de la Bética, guiados por Gunthario; y vencedores de Castino (422), extendían sus rapiñas á las costas orientales, infestando el Mediterráneo con sus bajeles y llevando el estrago á las islas Baleares, convertidas por su furor en lastimoso desierto» (1). Fué así cómo con indecible espanto, aún no repuesta de la pasada tribulación, Carthago Spartaria, cabeza en lo civil y en lo eclesiástico del distrito, los vió caer cual desatado torbellino sobre su recinto amurallado; fué así cómo se presentaron á sus ojos aquellos bárbaros sedientos de sangre y de pillaje, y cómo en el estruendo horrible del saqueo se derribaron sus templos y sus fábricas suntuosas! Nada restaba ya en los moradores de aquel poblado y risueño valle del Segura, del ardimiento con que habían en otro tiempo y una y otra vez indómitos repugnado el dominio de la prepotente Roma; nada de aquel valor heroico y temerario con que palmo á palmo defendieron y disputaron arrogantes su territorio á las legiones italianas; nada de aquel amor sin límites á la independencía, que en tantas y tan señaladas ocasiones tenían acreditado. Contra la agresión asoladora é incontrastable de los furiosos vándalos, contra la saña feroz de que hicieron éstos sangriento alarde, sólo les fué dado oponer indefensos y sin auxilio á los habitantes del antiguo país mastiano el año memorable de 425 (2), la afrento-

(1) AMADOR DE LOS RÍOS, *Hist. crit. de la Lit. Esp.*, t. I, págs. 287 á 289.

(2) IDACIO, *Chron. (Esp. Sagr.)*, t. IV, pág. 537).

sa pasividad de la impotencia y el estupor doloroso del asombro, enervados ahora y envilecidos tras dilatada servidumbre, los descendientes míseros de aquellos que osaron provocar altaneros las iras de Roma.

De la cumbre de su grandeza, que era también la grandeza de todo su distrito en ella reflejada, cayó Cartagena entonces, como cayó Sevilla, como cayeron otras mil ciudades que «alimentaron al par con sus riquezas aquella rabiosa sed de exterminio que precipitó al cabo, no sin extraordinario prodigio, la muerte de Gunthario (1);» trocáronse en ruinas sus más notables monumentos, aunque fué la ciudad completamente destruída, según otros; invadió la miseria aquel recinto, silla de la opulencia en días mejores; arrasó el fuego sus campos y sus valles, y lloraron en presencia de aquel cuadro tristísimo los habitantes de la gloriosa fundación de Hasdrúbal, sus hogares asolados, profanados sus templos, y en escombros humeantes sus fábricas más suntuosas y soberbias, derruídas por el fuego. No parecía sino que la Providencia les hería de aquella suerte, para advertirles de que estaban rotas ya sus cadenas, vencidos de sus propios vicios sus antiguos señores los romanos!

Era ocasión aquella en la cual, fructificando esplendorosa y vívida la semilla del cristianismo, no sin contradicciones arrojada en aquel campo agradecido y fecundo por los apostólicos, las comarcas habitadas por oretanos y bastetanos, deitanos y contestanos de la provincia cartaginense, aparecían repartidas en hasta nueve Cátedras episcopales como la de *Urci*, ya nombrada, la de *Basti*, la de *Mentessa Oretana*, la de *Valeria*, la de *Saétabi*, la de *Begastri*, la de *Ello*, la de *Ilici* y la de *Carthago Spartaria*, establecidas todas ellas en poblaciones principales cuya

(1) «Idacio, que como otros muchos historiadores da á *Gunthario* el nombre de *Gundericus*, dice sobre este punto: «Gundericus rex wandalorum, capta Hispania, cum ipse elatus manus in ecclesiam civitatis ipsius extendisset, mox Dei inditio, daemone correptus, interiit» (Año 428)» (AMADOR DE LOS RÍOS, *Op. cit.*, nota de la pág. 290).

importancia había acrecentado sobre modo la dominación de Roma. Quedaba en cada una de ellas no escaso territorio de la jurisdicción moderna de Murcia y Albacete; y mientras el obispado de *Urci*, donde se estableció Indalecio, comprendía en su mayor parte terrenos propios de las actuales provincias de Almería y Granada, el de *Basti* llegaba hasta la antigua *Serta* (Castillo de Selda), el Entredicho, Archivel (*Arcilaris*), Zacatín, caserío de Fotuya (*Fúsita*) que pertenecen á la circunscripción murciana, incluyendo á Férez, Elche de la Sierra, Alcadozo y Peñas de San Pedro, con Nerpio, Yeste, Létur, Calar del Mundo (*Rauca*), Riópar (*Rivus Oppae*), Bogarra (*Bigerra*) y Berreuco, que son de la de Albacete; el de *Mentesa Oretana*, extendiéndose al occidente por las provincias de Jaén y Ciudad-Real, comprendía la parte O. y NO. de la de Albacete referida, hasta el Roble, Paerazos ó Paredazos (*Parietinae*) y Cerros Verdes al SSO. de la Roda, quedando en su territorio *Laminium*, Lezuza (*Libisosa*), El Bonillo, Peñarrubia, Alcaráz y Paterna. El obispado de *Valeria*, cuyo núcleo existía en la actual provincia de Cuenca, se dilataba al N. y NE. de la de Albacete desde Cerros Verdes, Fuensanta, Motilleja al NE. de Pozo-Rubio (*Pugilla-Πουριλάριζ*), y al lado allá del Júcar, puente de Torres, Pozo-Lorente y al S. de Higuieruelas (*Figuerola*), con La Elipa (*Lila*), Minaya, La Roda, Tarazona, Navas de Jorquera y Casas-Ibáñez, poblaciones todas de la referida provincia de Albacete, á la cual pertenecían las que servían de límite al obispado de *Saétabi* por esta parte, en el Molatón (*ad Moletam*), el N. de Bonete y el NO. de Almansa. Ocupaba la región central de los deitanos casi íntegra el obispado de *Begastri*, cuya cátedra, establecida primero en Totana (*Deitana urbs*? Murcia), pasaba luego á Lorca (*Eliócroca*-Murcia), para fijarse por último, durante aquellos días de tribulación, en la antigua *República begastrense*, orillas del río Quípar y en la proximidad de la africana Cehegín, cayendo bajo la jurisdicción de su diócesi, que por S., SO., O., NO. N. y NE. confinaba con las memoradas

de *Urci*, *Basti*, *Mentesa Oretana*, *Valeria* y *Saétabi*, desde Susaña (شجان), Mazarrón, Puerto de Águilas en el Mediterráneo, Lorca, Castillo de Puentes ó de Luchena (*Lacaena urbs?*), Totana, Las Cuevas (*Asso*), Bullas, Cehegín, Caravaca (*Carca*), Moratalla, Calasparra (*Argos*) y Cieza (*Ségisa*) en la provincia de Murcia hasta Isso, Hellín (*Ilunum*), Liétor (*Litabrum*), Tobarra, Óntur (*Túrbula*), Chinchilla (*Sáltigi*), Albacete, La Gineta y Pozo-Rubio (*Pucialia*) en la de Albacete. La diócesi de *Ello*, destruído ya el famoso hemeroscopio de que tantas y tan insignes reliquias se conservan por fortuna, partía límites con la de *Begastri* en Alpera, Bonete, Corral-Rubio, Pétrola y Óntur, en la provincia de Albacete, y por el O. de Albatana, S. de Jumilla y el Carche, en la de Murcia, comprendiendo á *Aspis* (Las Pasas), Monóvar, Jumilla, Yecla, Montealegre y Almansa; la de *Ílici*, en la propia Contestania, abarcaba territorios hoy de la provincia de Alicante, y la de *Carthago Spartaria*,—que lindaba con la de *Begastri* desde el Cabo Tiñoso en el Mediterráneo hasta el Carche, pasando por Susaña, el E. de Mazarrón, Pinilla, E. de Totana, Alhama, Pliego, Mula, Ricote, E. de Cieza y Rambla del Moro el límite divisorio de ambos obispados,—contaba como suyas poblaciones cual Cartagena, Pinilla, Alhama, Librilla, Alcantarilla, Thiar, San Pedro del Pinatar, Molina, Lorquí (*Iliorci*), Fortuna y Archena, hasta el Mojón de Jumilla (1).

Saqueadas la provincia y la metrópoli, y arruinadas una y otra en mucha parte por el incendio; fugitivo ó acaso muerto el prelado que gobernaba en aquellos momentos de desolación y de espanto la antes opulenta *Carthago Spartaria*, y privados de su pastor legítimo los habitantes de la diócesi, que no habían tenido aliento para defenderla,—volvían en su desamparo los ansiosos ojos al prelado de aquella otra más inmediata, cuya sede

(1) FERNÁNDEZ-GUERRA (D. A.) *La Deilania* (Bol. de la Soc. Geogr. de Madrid, tomo VI, págs. 167 y 168).

aparecía á la sazón en Bigastro, dándose á él en administración, y resultando en consecuencia que durante dos tercios del terrible siglo v de nuestra Era, atendía la pastoral solicitud del obispo begastrense «á cuanto hay desde Águilas hasta cerca de La Roda y la Fuensanta, y desde el Molatón, Alpera y Pétrola hasta las Salinas y el cabo de Cervera en el mar Mediterráneo» (1). Así pues, aquella ciudad ilustre, dos veces Colonia, apellidada *Victrix* en sus medallas y monedas; que después de haber sido emporio y capital del fugitivo imperio de Cartago en España acrecentaba el lustre de su fama bajo el dominio romano; cabeza del Convento jurídico de su nombre en la Citerior y en la Tarraconense; cátedra episcopal más tarde y en pos cabeza de provincia,—al impulso de las frenéticas hordas de alanos y de vándalos que la invaden sucesivamente, veía eclipsada su grandeza y perdido su prestigio entre los mismos llamados á protegerla con su esfuerzo.

Alejados los visigodos en las Galias, y no satisfecha aún la codicia de aquellos bárbaros con haber subvertido y estragado la Península, desde uno al otro extremo, «llevado Genserico de las instigaciones de Bonifacio, movía... con todos sus vándalos sobre el África en 429, dejando á merced de los suevos la desventurada España.» «Depredada por ellos la Lusitania, desolada la Bética, vencido y muerto Andevoto en las márgenes del Genil, y pasado á cuchillo el ejército de los romanos, nada se opuso ya á la encendida bravura de Rechila, quien cayendo sobre la Carpetania y la provincia cartaginense, todo lo reducía á escombros, alzando sobre ellos horrible canto de victoria» (2). Viéronse las comarcas ya asoladas de Murcia y Albacete sometidas á la ferocidad del suevo Rechila en 441; y aunque dos años adelante devolvía éste á la Cartaginense la libertad perdida (3),

(1) FERNÁNDEZ-GUERRA (D. A.), *La Deilania* (Bol. de la Soc. Geogr. de Madrid, tomo VI, pág. 147).

(2) AMADOR DE LOS RÍOS, *Op. cit.*, t. I, pág. 290.

(3) SAN ISIDORO, *Hist. de los suevos* (Esp. Sagr., t. VI, pág. 512).

vejábanle de nuevo en 446 los romanos (1), mientras la saña de Rechiario, hijo y sucesor de Rechila, se extremaba otra vez más, aun convertido al cristianismo, en esta infortunada región, tan repetidamente castigada, entregándola al pillaje y al incendio, como lo había hecho en la Tarraconense con Pamplona, Zaragoza y Lérida (2). Vencido en las orillas del Órbigo por Teodorico, aunque fué ya fácil empresa para los visigodos el enseñorearse de Iberia, tocaba sin embargo á Eurico darle cumplida cima, «despojando á los romanos de los últimos baluartes en que se ostentaban las águilas del Imperio, y acorralando en Galicia las vencidas reliquias de aquellos feroces suevos, que pocos años antes eran terror de ambas Españas (470)» (3).

No de otra forma, aunque sin reponerse de los pasados quebrantos, ni recobrase de la destrucción á que la habían sometido en su implacable cólera los bárbaros, «hacia el año 475 poco más ó menos,» «volvió Cartagena á la vida» y «reivindicó su dignidad episcopal» (4) bajo el gobierno de aquellos otros bárbaros que al postre debían hacer pesar sobre ella su furor á deshora despertado, y no de otra suerte declinaba para las comarcas del Júcar y el Segura la triste centuria, en la cual tan hondas perturbaciones y tan crueles estragos experimentan, estragos y perturbaciones que alcanzaban por igual á la diócesi begastrense, cuyo extenso territorio invadía con su terrible cortejo el espectro espantoso de la guerra, cebándose sin piedad en él «los alanos en 411, los godos en 419, los vándalos en 425, los suevos en 441, los romanos en 446, suevos y romanos alternativa y nuevamente» y no dando «un instante de reposo á las regiones del Mundo y del Segura» (5). En medio de aquel horrible

(1) IDACIO, *Chron.* (*Esp. Sagr.*, t. IV, pág. 364).

(2) SAN ISIDORO, *Hist. de los suevos* (*Esp. Sagr.*, loco cit.).

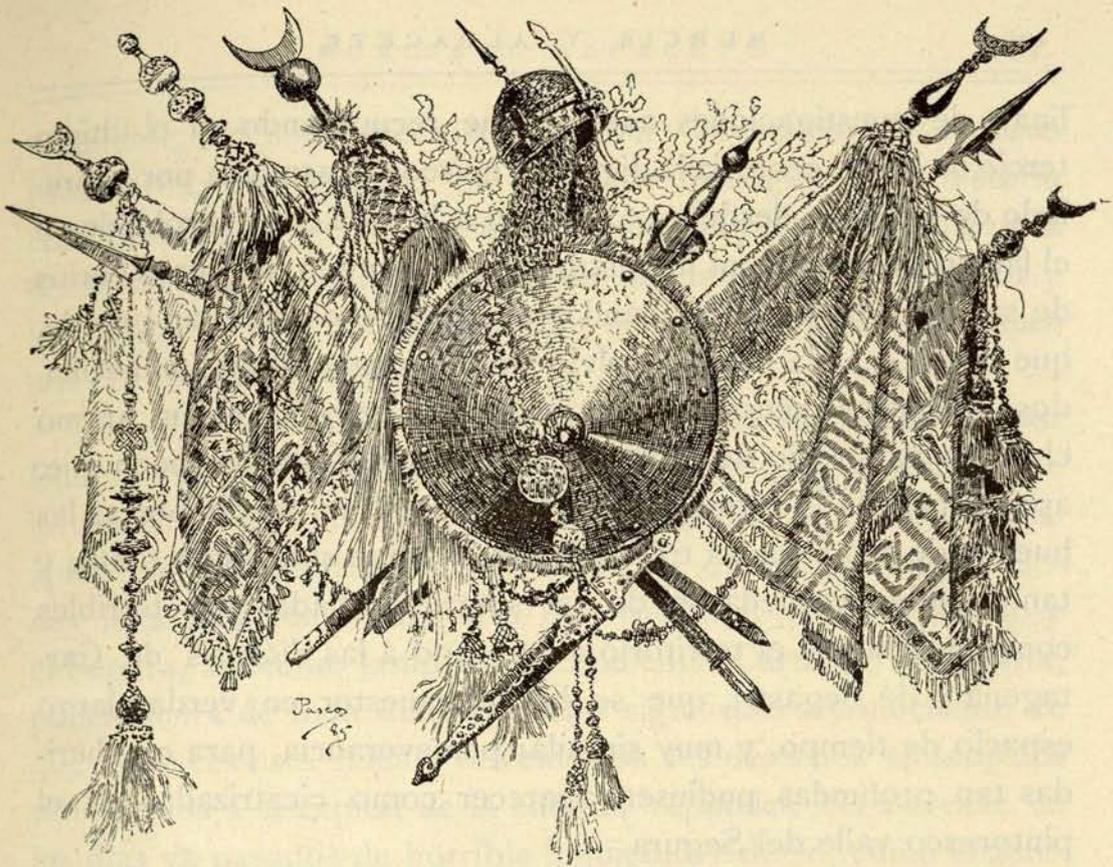
(3) AMADOR DE LOS RÍOS, *Op. cit.*, pág. 291.

(4) FERNÁNDEZ-GUERRA, *La Deilania*, pág. 147 del t. VI del *Bol. de la Sociedad Geogr. de Madrid*.

(5) *Id.*, *ibidem*.

desconcierto, de aquella lucha continuada, sin respiro ni tregua, de aquella situación angustiosa é insostenible, ciudades y poblaciones antes acaso ricas y poderosas, eran reducidas á míseros escombros; pasados á cuchillo con sangriento deleite los indios moradores, los campos abandonados y sin cultivo, se tornaban infecundos eriales, y la miseria reinante se cernía pavorosa sobre aquellos en otro tiempo sonrientes valles, sin esperanza de remedio. ¡Horrible cuadro en verdad el que ofrecía pues en tales días la antigua región mastiana, tan repetida y tan profundamente conturbada en los postreros extremecimientos con que agonizaba repugnante su antigua dominadora y cobarde verdugo, la antes omnipotente Roma!

El triunfo de Eurico, si no alcanzaba á todos los ámbitos de la Península con igual virtualidad y eficacia, dejaba sin embargo tomar en su aflicción respiro á aquella grey de distinta progeie que confundía el vencedor en su altanero desdén, y á quien la suerte común hermanaba luego en todos sentidos con la grey hispano-latina, arrinconados ya en las comarcas de Galicia los feroces suevos. Representantes y delegados de la autoridad imperial, los visigodos, aunque arrianos, dieron paz á la España, á pesar de las vicisitudes y trastornos que señalan los reinados de los sucesores de Eurico en sus luchas principalmente con los francos, paz que no debía ser por desventura duradera, y cuyo quebrantamiento había de afectar no sólo á la cultura general española durante los días de la dominación visigoda, sino en especial á las regiones de Albacete y de Murcia, que parecían destinadas de antiguo por su situación en el litoral mediterráneo, para abrir camino y franquear el paso á influencias extrañas, llamadas luego á fructificar esplendorosas en nuestro suelo. Veamos ya cuál fué con efecto la suerte que cupo bajo el gobierno de los sucesores de Ataúlfo á la provincia cartaginense, aislada y subvertida, cual queda insinuado, en los terribles días del siglo v.º por tantas y tan distintas gentes.



CAPÍTULO IV

La región de Murcia y Albacete en los días de la dominación visigoda — Los bizantinos — Destrucción de Carthago Spartaria por los visigodos — La invasión musulme — El reino de Aurariola — Abd-er-Rahmán I

DIVERTIDA la atención de los historiadores hacia aquellos otros acontecimientos de mayor resonancia y bulto para el pueblo visigodo, que se verifican y desarrollan durante la primera mitad del siglo VI, ni documentos, ni monumentos, ni testimonios de ningún género y alcance existen, por los cuales sea hoy lícito conjeturar la situación de Cartagena y de su distrito al transcurrir aquel lapso de tiempo. Sin admitir la absoluta afirmación de quienes, en los desastres y sangrientas conmociones de que fué víctima por parte de los alanos, los vándalos, los romanos y los suevos, vieron perecer entre ruinas la suntuosa colonia cesariana *Victrix Iulia* (1), — tampoco es hacedero, sin otro

(1) Según Plinio y los comentarios de Agrippa, fué una de las cuatro que en

linaje de investigaciones asentar que, recuperando en el último tercio de la V.^a centuria la dignidad episcopal, asumida por el prelado de Begastri desde 425, renació á la vida con el esplendor y el fausto primitivos: ni la destrucción con que la afligieron ebrios de sangre y de botín los vándalos y los suevos «fué tan grande, que nunca más la Ciudad volvió jamás á restaurarse», no haciéndose «ninguna mención de aquí adelante de ella», según afirmó el docto Ambrosio de Morales, ni es de presumir tampoco que, apenas pasada la tormenta, se recobrase al punto de borrar las huellas de sus pasadas tribulaciones. Habían sido éstas tantas y tan grandes, y quedaron de tal suerte grabadas sus terribles consecuencias en el territorio adjudicado á las diócesis de Cartagena y de Begastri, que se hacía menester en verdad largo espacio de tiempo, y muy singular perseverancia, para que heridas tan profundas pudiesen aparecer como cicatrizadas en el pintoresco valle del Segura.

¿Alcanzó acaso la destrucción por igual á todas las poblaciones enclavadas de antiguo en las comarcas hoy de Albacete y de Murcia? ¿Son acaso elocuente testimonio de tan desdichada edad las ruinas romanas que con tanta frecuencia en despoblados y en tierras laboradas se descubren, y aquellas otras que aparecen de nuevo á la luz del día en las modernas ciudades para poner así de relieve la grandeza que obtuvo el combatido país mastiano durante la dominación de Roma? ¿Sufrieron la misma suerte y en el propio tiempo las poblaciones indicadas, ó fueron reducidas á ruinas por distintos pueblos y en épocas también distintas? Perplejo habría con verdad de sentir el ánimo quien intentára dar cumplida respuesta; porque sucediéndose unas á otras como las olas del encrespado mar las invasiones extranjeras en aquel suelo, y removidos en vaivén incesante los edificios y las fábricas de los unos por los otros pueblos alterna-

la España Citerior habían obtenido el derecho colonial por César; Lezuza, en el territorio de la actual provincia de Albacete, lo obtuvo por Augusto bajo el título de *Colonia Libisosa Forum Augustum* (HÜBNER, *La Arqueología de España*, páginas 174 y 175).

tivamente, no sólo yacen confundidos y revueltos los míseros escombros, sino que no es hacedero distinguir á la historia cuándo hubo de ejecutarse ni por quién, tal y tan execrable obra de destrucción, ni si debe achacarse por tanto ya á los alanos y los vándalos, ya á los suevos y los visigodos, y ya á los bizantinos ó á los musulmanes.

Que al ser en ambas Españas sometidos los bárbaros por Eurico, no habían quedado exhaustas y agotadas las fuentes de la vida en la región á que de presente aludimos, ni habían desaparecido, aun subvertidas con doloroso estrago, las poblaciones levantadas en el territorio que riegan el Júcar, el Mundo y el Segura, así como tampoco la opulenta Carthago Spartaria, pónelo fuera de toda duda el hecho significativo y elocuente de que entonces esta ciudad reivindicaba sus derechos episcopales transferidos á la capital de la antigua república begastrense en los días ya pasados de horrible inquietud y duelo, como lo acredita asimismo por su parte la existencia en ellos de la diócesi de Begastri. Que continuaron ambas subsistiendo y viviendo de vida propia, no es lícito negarlo, cuando hallamos en el primer Concilio Tarraconense de 516, y reinando Teodorico, el nombre del prelado de la Metrópoli civil de Cartagena, *Hector*; todo lo cual desde luego hace comprender que la devastación no hubo de ser tan desoladora en las comarcas de Albacete y de Murcia, como para que nada en ellas restase que pudiera recordar el nombre romano, y que lenta y laboriosamente iban reponiéndose ya en repúblicas independientes, ya bajo el gobierno de los sucesores de Eurico, quienes daban desde el trono tristísimo ejemplo, ensangrentando con frecuencia la púrpura con que pretendían emular á los emperadores de cuya autoridad se juzgaban todavía representantes y herederos.

Ni era otra con verdad la forma en que llegaban al mediar de la VI.^a centuria las poblaciones españolas, infestadas ahora por el arrianismo: repugnando la nueva coyunda con que trataban de esclavizarlas los triunfantes visigodos, no faltaban entre

ellas las que, como Córdoba, se declaraban repúblicas independientes, mientras fatigadas, enervadas y sin alientos las más, doblaban impotentes y débiles el cuello ante los conquistadores, dejando pusilánimes que éstos les arrebatasen y despojaran de sus bienes, como habían despojado de la libertad á sus habitantes. Quizás aquella antigua región mastiana que, con parte de los oretanos y los bastitanos, fué asiento y morada de los deitanos y los contestanos, resguardada á O. por las encumbradas alturas del Oróspeda, cerrada al NE. y al E. por escalonadas cadenas de montañas, y al SE. y al S. por el Mediterraneo, emulando en esta ocasión el ejemplo de la *Colonia Patricia* de Marcelo, negase con ella la autoridad de los visigodos, proclamando su independencia al calor de las reavivadas tradiciones, al abrigo protector de las sierras que la rodean y al amparo de los castillos y propugnáculos que se levantaban en su territorio para defenderle. Mas sea como quiera, pues no es lícito aventurar hipótesis en tal sentido, aún no mediado el siglo VI, cuando la desmoralización y la licencia desenfrenada escalaban el trono de Ataúlfo, y la mano vil de torpes conjurados esgrimía sobre Teudiselo el puñal de los asesinos en Sevilla (549), trabábase mortal duelo entre aquellos dos ambiciosos próceres Agila y Atanagildo que se disputaban con igual encarnizamiento y odio la corona, y que ensangrentaban en medio del asombro de los hispano-latinos el suelo de la Bética y la Lusitania.

Floreecía á la sazón, bajo el gobierno de Justiniano, el imperio romano de Bizancio, y la espada de Belisario, siempre vencedora, aniquilaba en las zonas africanas los restos de los vándalos, demostrando al par en Europa el prestigio de las armas bizantinas. Los mismos visigodos habían tenido ocasión de experimentar en Ceuta el empuje de los imperiales, y á ellos, temeroso de ver malogrados sus designios, acudía Atanagildo, implorando el auxilio del emperador en la empeñada empresa. Grande era la extensión de los dominios visigodos en España y en las Galias; grandes también por tanto los tesoros con que

aqueude y allende el Pirineo podría el ambicioso prócer enriquecerse con el triunfo; y á trueque de ceñir la corona, nada significaba para él el desprenderse en beneficio de sus auxiliares de parte del territorio de la Península, tanto más cuanto, según hemos insinuado, no todo él en las Españas reconocía por igual la autoridad y el prestigio visigodos. Por esta causa pues, ofrecía con generosa mano Atanagildo á los imperiales todo el litoral comprendido entre Gibraltar y los confines de Valencia como en recompensa y pago del servicio que de ellos demandaba, y por este motivo, ante la descomposición que corroía sañuda el organismo de aquel pueblo, y con la esperanza quizás de restaurar en no lejano día el imperio romano de Occidente, se apresuraba Justiniano á mandar sus legiones á la Península, y tomaban éstas tierra apellidando á Atanagildo, y consiguiendo para él, aunque no sin lucha, el triunfo codiciado (554).

Camino fué éste por el cual, la mayor parte de las poblaciones que hoy figuran como propias de las provincias de Alicante y Murcia, y con ellas la metrópoli civil de Cartagena, así como también algunas de la moderna jurisdicción de Albacete, después de haber sido crudamente estragadas por los bárbaros y antes de que en ellas pesara la dominación de los visigodos, pasaban al poder de los bizantinos. Representantes de la gran tradición romana, y más principalmente de la ortodoxia católica, eran los imperiales recibidos como salvadores y hermanos por la población hispano-latina de aquellas comarcas que volvían á nueva vida bajo la tutela del imperio de Bizancio, tanto más cuanto que, no exentos sus moradores de vínculos para con ellos (1), por ellos se libertaban sin duda de la tiranía de los visigodos, y

(1) RUFO FESTO AVIENO, *Orae maritimae*:

«Brevisque iuxta Strongyle stat Insula (*Isla Grosa*).
Dehinc in huius Insulae confinis

455. Immensa tergum latera diffundit palus (*el Mar menor*).
Theodorus illic (*el Táder*, Segura). Nec stupori sit tibi
Quod in feroci, barbaroque stat loco,
Cognomen huius Graeciae accipis sono
Prorepat amnis.»

por ellos recobraban el esplendor de los pasados tiempos. Puesta la mira en el capital intento de restaurar el poderío romano, atendía solícito Justiniano para tal fin, no ya sólo á ganar el afecto de los hispano-latinos que le miraban como á esperanza suya, sino también á reparar los daños causados en sus feroces correrías por los bárbaros, reedificando ciudades y fortalezas y preparándose quizá para lo futuro; así pues, destruída la ciudad de Baga, hoy Bigastro, en las inmediaciones de Aurariola (Orihuela), levantábala de nuevo y devolvíala á sus antiguos habitantes, quienes reconocidos al beneficio cambiando el nombre de la población en honra de la emperatriz Teodora, dábanle de allí adelante el de Teodoriada (Θεοδοριαδα), mencionando sólo los autores entre las fortalezas reconstruídas ó edificadas de nuevo por el propio Justiniano en el distrito, la de *Tucca* (Τουκκα) (1), acaso origen de la moderna Murcia como se pretende aunque no sin vacilación en nuestros días (2).

Unidos íntimamente á los imperiales, hacia quienes los llevaba la corriente del afecto, de las tradiciones y de las creencias,—veían florecer los hispano-latinos de los valles del Júcar, del Mundo y del Segura, su prosperidad agostada y marchita en las anteriores catástrofes, libres de la dura opresión del arrianismo imperante, que en los días mismos de Atanagildo se cebaba cruel en los católicos (3). Mirando á los bizantinos cual maestros, mientras facilitaban para con sus hermanos de otras regiones, mal dispuestos con los visigodos, el logro de la aspiración de

(1) PROCOPIO CESARIENSE, lib. VI, cap. V, 3.

(2) FERNÁNDEZ-GUERRA, *Disc. de recep.* del Sr. Rada y Delgado. Nuestro querido amigo el diligente escritor murciano Sr. Díaz Cassou, estudiando los castillos de Murcia, apunta la sospecha de que, dada su posición ventajosisima, por dominarse desde él la marina de Cartagena y la huerta de Orihuela, el castillo hoy en ruinas, colocado sobre el llamado *Morrón del Puerto* en la antigua *Asomada de Murcia*, pudo ser quizás la fortaleza de *Tucca* reedificada por Justiniano (*Los castillos de Murcia, Diario de Murcia*, núm. 3283, correspondiente al 11 de Abril de 1888). Y á decir verdad, ningún paraje más apropiado para ejercer activa vigilancia en aquel territorio.

(3) Con efecto: por los años de 554, el abad Vicente y el prior Ramiro, del monasterio de San Claudio de León, sufrieron con otros doce monjes el martirio, por no renegar de la fe católica (YEPES, *Crón. de la Orden de San Benito*, año 554, capítulo II; BERGANZA, *Antig. de España*, pág. 58, núm. 151).

Justiniano, ganándoles voluntades entre ellos y extendiendo sus conquistas morales, recibían de sus nuevos señores al par los pueblos de la jurisdicción civil de Cartagena las enseñanzas fecundas del Oriente, llamadas á fructificar en breve y á transformar en las esferas sociales, en las artísticas y aun en las literarias las antiguas y no olvidadas tradiciones romanas. Recuperada la dignidad episcopal, bajo el gobierno de Justiniano recobraba también y poco á poco Cartagena su aspecto de grandeza, y todo parecía en verdad sonreír á los imperiales en España, cuando ceñía Leovigildo en 569 la corona de Ataúlfo, que con él compartía generoso Liuva desde la Galia Gótica. No se ocultaba en modo alguno al monarca visigodo, cuál era el propósito perseguido por los bizantinos en la Península: aprovechando la debilidad de Atanagildo y el alejamiento de Liuva, á favor de las simpatías que excitaban por todas partes entre los hispano-latinos, habían con efecto avanzado sobre el límite de los dominios que les cedió en mal hora el vencedor de Agila, y no sólo eran amenaza y peligro constantes contra la seguridad de los arrianos, sino que además contribuían poderosamente á alentar con su presencia la rebeldía de los españoles. Sobre el poder de Atanagildo y Liuva aparecía siempre el de los auxiliares; y urgía á los intereses de Leovigildo, en quien no puede la imparcial historia desconocer los altas dotes que cual monarca y cual caudillo resplandecían, libertarse de aquella especie de tutela en que los emperadores de Bizancio tenían ó parecían tener por lo menos á los degenerados sucesores de Eurico.

Enérgico y valeroso, como si en él hubiesen revivido las condiciones propias de su decaída raza, Leovigildo con efecto, apresurábase á emprender la lucha; y en el primer año de su reinado (570) invadía las regiones de la Bastetania rechazando de ellas á los imperiales, como los arrojaba de la ciudad de Málaga, devastando de paso el territorio (1); por confidencias de

(1) *Chronicon Biclarense*, año 570, apud Flórez, *Esp. Sagr.*, t. VI, pág. 384.

cierto Framidaneo (1), ocupaba de noche en el siguiente año la fenicia Asido (Medina-Sidonia), ciudad fortificada de que se habían hecho señores también los griegos, como en 572 destruía la república cordobesa y, pasados á cuchillo los habitantes de los campos (rustici), sometía á su dominio en aquella comarca muchas poblaciones y fortalezas, y como en 573, y muerto ya su hermano Liuva, devastaba á Sibaría en los confines de los suevos y reducía á la obediencia aquella provincia rebelde ó independiente hasta entonces (2). Ni perdonaba la Cantabria, ocupando la hoy burgalesa Amaya en 574, como tampoco olvidaba á los suevos, cuyo territorio invadía y conturbaba en 576 después de haber en 575 sojuzgado los montes Aregenses de la Celtiberia, y haber llevado cautivos consigo al señor de aquellos territorios, Aspideo, con toda su familia (3). Bien daban á conocer el empeño de Leovigildo estas campañas, verificadas en años diferentes y sucesivos: no consentía con verdad el genio altivo, batallador y guerrero de aquel insigne príncipe, que contaba por triunfos los días de su reinado, la contradicción que para su autoridad resultaba de la anarquía á que aparecía entregada la Península. Los suevos en las regiones galicianas, los imperiales en las costas levantinas, y las pequeñas é independientes repúblicas hispano-latinas del interior, amenguando y oscureciendo el prestigio de la corona, eran peligrosos y nocivos obstáculos para lograr la formación de un grande imperio, tal cual lo ambicionaba el sucesor de Liuva. Rechazados los imperiales á las costas, no tardó mucho en llegar á las comarcas orientales con su espada hasta allí vencedora, ganoso de arrojar de Iberia para siempre á aquellos huéspedes más que molestos perjudiciales, y así lo practicaba, cuando probado su ardimiento, afrentados los suevos y vencidos los rebeldes, no tuvo ya enemigos que temer á sus espaldas.

(1) *Chronicón Biclarense*, 571, *ibidem*.

(2) *Idem*, 573, pág. 385 del t. cit. de la *Esp. Sagrada*.

(3) *Idem*, años 573, 574, 575 y 576; págs. 385, 386 y 387 del mismo t. de la *Esp. Sagrada*.

Corría entonces el año 577; «en el desconcierto general, entre las feroces sublevaciones é inmundos pronunciamientos militares que forman la sangrienta y horrible historia del siglo v, la mastiana gente primitiva, de pulidos ciudadanos convertida en rústicos pastores y afanosos labriegos,» recordando «su noble origen y antigua independendencia,» ante «la ruina y desolación de la patria» sintió arder «su espíritu, armó su brazo, unió sus fuerzas, y la región mastiana surgió de nuevo, llamándose provincia Oróspeda» (446?). Independiente pues, recibiendo más como salvadores y tutelares que como dueños á los bizantinos, jamás reconoció el señorío de los visigodos; y aunque había en 570 visto invadido el país de los bastetanos por Leovigildo, aunque vió caer á Córdoba, á Sibaria y Argira, no por ello decayó el ánimo de sus moradores, aun trocados en rústicos ahora, y se aprestó al combate. No era sin embargo Leovigildo monarca para quien fuesen grave obstáculo la oposición y la enemiga de aquellos cuya sumisión y aniquilamiento decretaba; y penetrando á sangre y fuego por la provincia *Oróspeda*, uno por uno se apoderaba de sus castillos y propugnáculos, y una á una caían en sus manos las ciudades, logrando al fin hacerlas suyas por completo: aniquilados quedaban los moradores de aquella comarca; pero no tanto que careciesen poco tiempo después de aliento para rebelarse, siendo «cruelmente oprimidos de los godos, que ya vinieron á poseer íntegra la *Oróspeda*» (1).

Sólo Cartagena todavía con parte de su distrito, permanecía independiente: y engalanándose con los nuevos y frescos atavíos de aquel singular estilo en que, representando las aspiraciones de los hispano-latinos y simbolizando la fusión de su espíritu con el de

(1) Juan de Biclara, en la ed. del P. Mtro. Flórez se expresa en estos términos: «577. Leovigildus Rex Orospeadam ingreditur, et civitates atque castella ejusdem Provinciae occupat, et suam Provinciam facit. Et non multo post in ibi Rustici rebellantis à Gothis opprimuntur, et post haec íntegra à Gothis possidetur Orospe-da.»

los católicos imperiales, se enlazan vistosamente en la Península las tradiciones degeneradas del arte de occidente con el de oriente, era acaso dentro del mismo siglo vi, y como piadosa creencia lo pretende, cuna gloriosa de cuatro de los más insignes y preclaros ingenios que florecen en la edad visigoda, con cuyos lauros inmarcesibles se honran las letras y la iglesia pátrias. Aludimos con efecto, cual seguramente habrán ya comprendido los perspicuos lectores, á los que vulgarmente son apellidados los *cuatro santos de Cartagena*: á san Leandro y san Fulgencio, santa Florentina y san Isidoro. Hijos de Severiano, de la provincia Cartaginense y de pro-genie hispano-latina, destinados estaban como lumbreras de la iglesia española á derramar la claridad de sus virtudes sobre las oscuras sombras de aquel siglo, en que las crueldades y la ambición de Leovigildo se cebaban rabiosas en los prelados católicos; era Leandro el mayor de los hermanos, y «había recibido una educación verdaderamente literaria;» «acogido después á la vida monástica, robusteció en el retiro sus estudios, y cuando el amor de los moradores de Sevilla le puso en las manos el báculo de sus prelados, mostróse consumado en la prudencia, templado y justo en sus deliberaciones, piadoso con el pobre y el afligido, fuerte para con los soberbios y acérrimo defensor de la doctrina católica.» «Tan elevadas dotes, que añadían nuevos quilates á su privilegiado talento, no podían menos de darle sumo ascendiente sobre cuantos militaban contra el arrianismo, ascendiente que ejerció primero en su propia familia, extendiendo al cabo su influjo sobre la muchedumbre.»

«Respetado entre sus hermanos, así por su edad como por su virtud y su saber, formaba pues en Fulgencio é Isidoro verdaderos modelos de prelados católicos, despertando en el alma del último aquel inextinguible amor á las ciencias y á las letras, que tan vigorosamente resplandece en todas sus obras; y si no tuvo parte directa, como se ha pretendido, en la educación de Hermenegildo y Recaredo, alcanzó sin duda á robustecer en el primero la fe de Ingunda, preparando el ánimo del segundo para